



**XI Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Los superhéroes

Relatos 2018

José Blas García Pérez, Mónica Garrido Hernández (coords.)

Imagen de cubierta:

Elena Sol. Nací en una maravillosa isla: desde la infancia todo mi mundo estuvo envuelto en color y en sombra, lleno de historias, entre palmeras y bosques cuaternarios y bajo la figura imponente del volcán. Me recuerdo en silencio, lápiz y papel, devorando libros y dibujando espacios. Estuve viajando y fotografiando largos periodos de tiempo por lugares lejanos que acrecentaron mi pasión por el “racconto”. Trabajo como profesora de Arte y la fotografía y la ilustración son mis medios principales para comprender, crear y capturar esos mundos en mi mente, construyéndolos con imágenes hechas de “realidad”.

José Blas García Pérez. Es maestro, psicopedagogo y máster en Comunicación y Educación Audiovisual. En la actualidad es maestro-tutor en el Aula de Adolescentes del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia y profesor asociado al Departamento de Organización Escolar de la Facultad de Educación de la Universidad de Murcia, donde participa en diversos proyectos de Investigación. Siempre vinculado al campo de la inclusión educativa se declara activista de #RevolucionInclusiva. Colaborador en revistas educativas como Aula, Odite, Educación3.0., Cuadernos de Pedagogía, Comunicación y Pedagogía... Coordina y publica en la revista virtual Ined21 y es autor del blog sobre reflexión educativa Transformar la Escuela, con el que quedó como primer clasificado de la XI edición de los Premios Espiral Edublogs en la categoría de Reflexión sobre la práctica educativa- Espiral de Edublogs-2017. Es miembro del Comité Organizador del XI Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”.

Mónica Garrido Hernández. Es maestra de Educación Infantil y Primaria. Obtuvo el premio fin de carrera de su promoción en la Diplomatura de Educación Infantil en la Universidad de Murcia. Coautora de un libro sobre animación a la lectura en la escuela de primaria. Como docente, siempre ha estado vinculada a proyectos de atención a la diversidad. En la actualidad forma parte del Equipo de Atención Educativa y Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia y ha participado en el programa de Martes con Arte de dicho equipo durante años. Es miembro del Comité Organizador del XI Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”.

**XI CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

Los superhéroes

Relatos 2018

**XI CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

Los superhéroes

Relatos 2018

Coordinadores:

José Blas García Pérez

Mónica Garrido Hernández



Región de Murcia

Consejería de Educación, Juventud y Deportes



Región de Murcia
Consejería de Educación,
Juventud y Deportes

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Juventud y Deportes.
Dirección General de Atención a la Diversidad y Calidad Educativa

Edita:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Juventud y Deportes.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed



Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra).
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en:  creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Autores:

- Del prólogo: Juan de Dios García
- De los relatos: Alumnado de aulas hospitalarias (ver índice)
- De la ilustración de la portada: Elena Sol
- De las ilustraciones interiores: Varios (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Mayo 2018 - 1.000 ejemplares

ISBN:

978-84-09-01622-8

Depósito Legal:

MU-547-2018

Este libro es el resultado de la selección de relatos del XI Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2018, organizado por:

EAHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y
Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Atención a la Diversidad y Calidad Educativa.
Consejería de Educación, Juventud y Deportes

**Comité organizador del XI Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre” 2018**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza
Secretaria: Juana María Sánchez García
Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez
Coordinadores Docentes: Ana María Ferrer Mendoza, Juana María
Sánchez García, Clara Navas López y Ana Jara García
Coordinador Editorial: Francisco Javier Soto Pérez
Coordinación Institucional: Elena Ladrón de Guevara Mellado

Ilustración de cubierta:

Descripción de la autora:

¿Qué es un superhéroe? Para mí, cualquier niño que lucha contra un supervillano como es la Enfermedad. Los niños no debería enfermar, me digo, mientras dibujo con cariño, como si fuera un conjuro, a una niña, mi hija, como una superheroína: La Comandante de los Glóbulos Blancos. En esta ilustración, en la que he empleado grafito, acuarela, pastel, collage y retoque digital, ella está ahí, dirigiendo la lucha, resistiendo valientemente y tomando el rumbo de su futuro. (Elena Sol).

Índice

Prólogo	13
Juan De Dios García	

CATEGORÍA A (de 6 a 9 años)

01. La supercocalina	17
Candela Osman Nuevo	
Ilustración: María Moya	
02. Todos podemos ser superhéroes	21
Victoria Salcedo De Vicente	
Ilustración: Francisco Salcedo García	
03. Vicente, el protector del medio ambiente	25
Nicolás Jiménez López	
Ilustración: Pepe Marco Aledo	
04. Mi maravilloso hospital	31
Sheila Andrade Romero	
Ilustración: Carmen Osete	
05. La niña que no podía comer	35
Carla Del Olmo Villanueva	
Ilustración: Dolores Ojeda	
06. Yu Zhao Zhou Ye	39
El legendario Leurovete	
Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán	
07. Superalisson	43
Alisson Ariana Jiménez Cortez	
Ilustración: María Carolina Vargas Uribe y Ramón Antonio Vargas Uribe	

CATEGORÍA B (de 10 a 13 años)

01. Florecer	49
Ana López de Ceballos Regife	
Ilustración: Fernando Abadía Bádenas	
02. En busca de mi superhéroe	59
Lorena Pintado Pérez	
Ilustración: Francesca Cristina Ureña	
03. Todo un ejemplo	63
Claudia Muñoz Vivar	
Ilustración: Sioni López	
04. No estés triste	69
Marina Claudia García Pérez	
Ilustración: Henar Morós	
05. Furia, el dragoncito valiente	75
María Martínez Cuesta	
Ilustración: Ramón Besonías Román	
06. Marina, la supersirena	83
Celia Ayala Fernández	
Ilustración: Pedro A. Martínez Ortíz	
07. Un superhéroe sin «miedico»	87
Pablo Boluda Sánchez	
Ilustración: Ana Mangas	
08. El superhéroe de los dos mundos	93
María Villalobos Navarro	
Ilustración: Clara Cordero	
09. Los mayores superhéroes de la faz de la tierra	97
Geovana Gama Pelaes	
Ilustración: Jesús García	

CATEGORÍA C (de 14 a 17 años)

01. El verdadero poder está en querer	103
María López Soria	
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	
02. «Ella»	111
María Pilar Martínez Muñoz	
Ilustración: Elena Sol	
03. El día en que la lámpara se apagó, pero aún quedaban velas	119
Lucía Gómez García	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
04. Pepe el bondadoso	125
Lucas Guix Gómez	
Ilustración: José Ventura Galván Cabrera	
05. Inmortal	131
Arelis González Madrazo	
Ilustración: Asís Pazó	
06. Tengo un héroe	137
Manuel Abad Sánchez	
Ilustración: María Puentes, Isabel Cascante y Alba Rodríguez	
07. Luchando contra TOC	143
Alba Botargues Julio	
Ilustración: Patria Uría Ocaña	

CATEGORÍA E (alumnado con diversidad funcional)

01. Salmorejomán	153
Mario Sagredo Fernández	
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval	
02. Fara, un chico estupendo	159
Saliff Cisse	
Ilustración: Miguel Alemán	

Prólogo

Los superescritores

Convertirse en Cacalina para atrapar a unos ladrones de bancos; esquivar las bolas del fuego maligno que quiere secarnos; derribar al frío Don Corneto en su enfrentamiento con Salmorejo Man, ayudado por Gazpacho Man y Tomate Man; descubrir los trucos de Martina, la hermana Super Down.

Estos cuatro ejemplos son solamente una genial muestra del poder que han utilizado los participantes de este concurso literario para proyectar con sus relatos breves, sensatos y claros la buena onda que desprende su imaginación y contagiarnos a todos sus lectores.

En este libro hay escritores menudos y menudos escritores. Aunque estén empezando, ya saben que escribir es un regalo de los dioses y que la literatura, como la nobleza, la llevan en la sangre.

Yo creo que son felices quienes les es dado producir cosas que merecen ser escritas; o quienes escriben cosas dignas de ser leídas. Pero son más felices aún aquellos que pueden hacer ambas

cosas simultáneamente. Y este abanico de superhéroes escritores lo confirma.

Ellos escriben sobre el valor, que es mucho mejor que la suerte; escriben sobre el corazón, que es un tesoro que ni se vende ni se compra, sino que se regala; escriben sobre las ilusiones, porque sin la capacidad para ilusionarnos no se puede gozar de la vida; escriben sobre la justicia, la cosa más difícil de obtener en este ancho mundo; y escriben con mucho acierto sobre el amor, que es una gota del cielo que apaga cualquier amargura.

Ánimo, pues, a los que veláis por la igualdad, la fraternidad y la libertad, que es la palabra más hermosa del idioma español; a los que perseguís la mentira montados en una bicicleta mágica; a los que disparáis con vuestros rayos luminosos venciendo al malvado Señor Daño; a los que protegéis a vuestros hermanos, padres y amigos con vuestra capa voladora; a los que habéis conseguido saber que sois protagonistas de vuestro propio cómic vigilando las azoteas de la ciudad, usando la telepatía para conocer cuánto se os quiere, canalizando toda energía necesaria para frenar el ataque de Lex Luthor y su kriptonita, pararle los pies al Joker, al Duende Verde, al Dr. Doom, a Mandarín, a Red Skull, a Loki, a El Líder, a Magneto...

¡Vuestra es la medalla de campeones que os cuelga la vida!

Juan De Dios García

CATEGORÍA A

(De 6 a 9 años)

La supercacalina

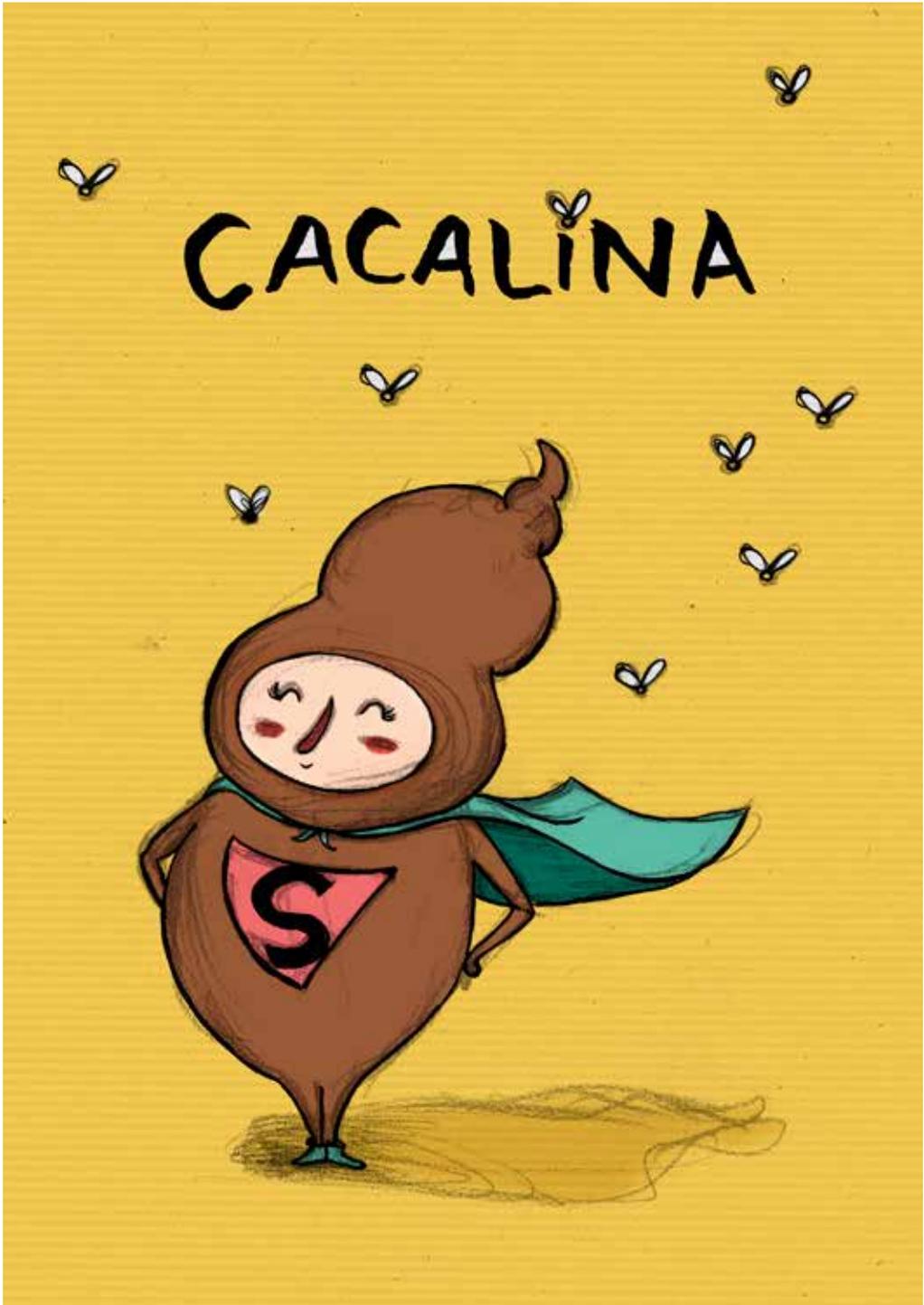


Ilustración: María Moya

GANADOR CATEGORÍA A

La supercacalina

Candela Osman Nuevo

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Central de Asturias

Catalina es una niña de cinco años. Es alta y delgada, como un espárrago. Tiene el pelo largo y moreno, y le gusta llevar moño. Su nariz parece una berenjena y los ojos son almendrados. Es una niña tranquila, educada y generosa. Parece una niña muy normal, pero no lo es.

Catalina tiene algo muy especial: el superpoder de convertirse en CACA, y cuando se convierte en caca se llama Cacalina. Siempre que quiere, puede hacerlo, solo tiene que imaginarse que está haciendo caca de verdad, o sea, cerrar un poco los ojos, fruncir el ceño y... ¡Ya! De repente, se transforma en caca, pero no es una caca cualquiera. Esta caca tiene dos ojos, una nariz y una boca, y puede moverse dando saltitos.

Convertirse en caca puede no parecer gran cosa, pero es muy útil: puede camuflarse.

Un día, Catalina iba dando un paseo por la calle. Era un día de verano, hacía calor y había poca gente en la calle. De repente, vio unos ladrones que estaban robando un banco. Llevaban la cara tapada y cargaban sacos llenos de lingotes de oro, y salieron pitando hacia Catalina.

Catalina se quedó patidifusa. Entonces, cerró los ojos, frunció el ceño y se convirtió en caca. Los ladrones no se dieron cuenta porque iban muy apurados. Pero Cacalina ya tenía un plan en mente: pegarse a la rueda del coche y seguirlos hasta su escondite. Y eso hizo.

Cacalina dio varios saltitos y se pegó a la rueda del coche. El viaje fue muy movidito porque iban a toda velocidad. Cuando el coche se paró, Cacalina se dio cuenta de que estaban aparcados cerca del Museo de las Anclas, en Salinas. Los ladrones, pensando que nadie les veía, escondieron el oro debajo de un ancla y se fueron. Pero Cacalina lo había visto todo.

Decidió ir a la comisaría a contarlo todo, pero antes tenía que transformarse en Catalina. Eso hizo, y le contó todo a la policía. Los policías encontraron el oro donde había dicho Catalina, y en uno de los lingotes había una huella, con eso identificaron a los ladrones y los arrestaron.

Los policías agradecieron el trabajo de Catalina y le preguntaron cómo una niña tan pequeña había resuelto el caso. Entonces, Catalina tuvo que contárselo todo a la policía y les pidió que no se lo contaran a nadie, por si se reían de ella o no querían acercarse por el olor a caca. Hicieron un trato: la policía no diría quien era Cacalina, pero la supercaca les ayudaría a resolver más casos.

Todos podemos ser superhéroes



Ilustración: Francisco Salcedo García

Todos podemos ser superhéroes

Victoria Salcedo de Vicente

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Mateo era un niño que tenía diez años. Iba al colegio todos los días en su bicicleta azul. Ocurrió un miércoles que, al volver de la escuela, vio un gato blanco y lo siguió. Llegó hasta una calle y de repente el gato se fue, pero en el suelo había un extraño libro. Lo metió en su mochila y se fue a su casa.

Después de merendar, subió a su habitación y se puso a leer aquel libro. No podía creer lo que estaba viendo: «Soy Multi-power y te voy a enseñar a ser un superhéroe». «En primer lugar, tienes que buscar un nombre de superhéroe», seguía leyendo. Mateo pensó en su héroe favorito que era Superman. Así que sería Supermat.

El libro contenía, en cada capítulo, un objeto que le ayudaría a tener superpoderes. Para ser más veloz tenía que ponerse un anillo. Para ver muy lejos utilizaría unas gafas especiales. Aunque lo que más le gustó fue un collar con el que podía volar.

Mateo se subió a lo alto del edificio y se puso sus gafas especiales. De repente, vio a un niño que se había subido a un árbol bastante alto y no podía bajar. En cinco segundos llegó y salvó al niño.

El libro le fue dotando de más superpoderes: unos guantes para arreglar cosas, un cinturón para ser invisible...

—Mateo, ¡baja a cenar! —le dijo su madre—. El niño se había quedado dormido al llegar del colegio. Se despertó y pensó que había tenido un sueño maravilloso.

Les contó lo que había soñado a sus padres. Su madre le dijo que las buenas personas son superhéroes. El maestro es el superhéroe de enseñar, el médico es el superhéroe de curar, el artista es el superhéroe de crear.

Mateo pensó en convertirse en un Supermat de verdad. Sabía que tenía que esforzarse y hacer las cosas lo mejor posible. Justo antes de dormirse se dio cuenta de algo. Sus padres eran unos superhéroes. Tenían el mejor poder del mundo. El poder del amor.

Vicente, el protector del medioambiente



Ilustración: Pepe Marco Aledo

Vicente, el protector del medioambiente

Nicolás Jiménez López

Aula Hospitalaria Colegio Público de Educación Especial

Hospital del Niño Jesús de Madrid

Érase una vez un bosque, el bosque Idelandia. Era un lugar triste y, por ello, no había vida animal ni vegetal.

Los árboles no tenían hojas, a los animales no les gustaba vivir allí y huían por la suciedad que encontraban, los lagos estaban secos, no tenían agua y tampoco penetraba la luz del sol, convirtiendo este bosque en un sitio oscuro y desagradable.

Vicente era un niño de ocho años que vivía en el centro de Idelandia con su padre, su madre y su hermana; era una familia muy unida y feliz. A Vicente le encantaban los animales, tanto era así que tenía un perro, un periquito y diez peces de distintos colores. Su sueño era ser veterinario de mayor y poder cuidar a todos los animalitos abandonados. También era un gran defensor del medioambiente.

Casi todos los fines de semana, Vicente y su familia iban a visitar a sus abuelos que vivían en una granja cercana al bosque. Siempre que iban allí tenían que pasar por el triste bosque de Idelandia, donde no había nada.

Vicente era un niño muy curioso, y cada vez que pasaba cerca del bosque en coche, se quedaba mirando atentamente a las copas de los árboles, pues le resultaba extraño que no tuvieran hojas en ningún momento del año. No entendía por qué razón sus padres nunca le habían llevado a aquel sitio, ya que desde pequeño salían a hacer excursiones todos juntos.

Pero un día, Vicente sintió muchas ganas de ir a conocer este bosque, aunque sus padres se lo tuviesen prohibido.

A la hora de la siesta, Vicente emprendió su aventura hacia el bosque. Para acceder a él tenía que saltar unas vallas de madera que se veían bastante viejas, desgastadas y peligrosas. No tuvo miedo y se arriesgó a saltarlas, pues Vicente era un niño muy valiente y no le temía a nada.

Una vez dentro del bosque, se encontró con mucha basura en el suelo; botellas de plástico, de cristal, latas, envoltorios de comida, bolsas de basura, etc. Continuó caminando y se encontró con lagos secos, árboles y arbustos sin hojas y nidos destrozados. Se puso muy triste y comenzó a llorar. Decidió volver a casa sin contar lo que había visto. A partir de ese día, todas las noches ideaba un plan para rescatar el bosque.

Pasados unos meses, Vicente se sentía preparado para enfrentar aquel desastre.

Comenzó por pedir ayuda a sus amigos del colegio para que le ayudasen a recoger la basura del bosque. Recogieron todo tipo de basura que nos podamos imaginar, hasta que, pasadas cinco horas desde que empezaron, vieron como el suelo de este paisaje quedó completamente limpio. Vicente tuvo la idea de poner papeleras por todo el bosque y, aunque iba pidiendo por las tiendas de Idelandia que le regalasen cubos de basura, nadie

le daba nada, ya que no tenía dinero y no confiaban en un niño tan pequeño como era Vicente. Finalmente tuvo una idea, fabricar con sus amigos papeleras con los desechos encontrados en el bosque.

Ese lugar cada vez era más agradable. Pasaban los días y ya no olía tan mal como al principio, la luz del sol conseguía alumbrar más el bosque y la lluvia de aquellos meses de primavera llenó los lagos y las fuentes. El césped creció y Vicente se animó a salir a dar un paseo con su perro Teo. Mientras paseaba por allí se iba fijando en los árboles, ¡muchos de ellos ya tenían hojas!

El niño se sentía muy bien al saber que el bosque estaba cogiendo buen aspecto gracias a él y a la colaboración de sus amigos. Rápidamente llamó a sus amigos para decirles que fueran al bosque con sus mascotas a dar un paseo alegre por aquel lugar y ver cómo estaba quedando. Los niños le hicieron caso. Después de dar el paseo, los niños les pidieron a sus familiares que fueran al bosque a hacer pícnicos y a disfrutar del lugar que había descubierto Vicente. Muchos de ellos no estaban muy seguros de ir allí porque el lugar se conocía por ser un sitio muy sucio, peligroso y oscuro.

Al final todos fueron a disfrutar de una merienda en el bosque y todos quedaron encantados con ese lugar. ¡No se podían creer que unos niños de ocho años cambiasen un bosque maloliente, feo y tenebroso en un lugar tan maravilloso como lo era ahora!

Poco a poco la ciudad entera se fue enterando de esta noticia, y todos iban reconociendo a Vicente como el protector del bosque de Idelandia.

A partir de entonces la gente iba de visita al bosque, a disfrutar de los animales nuevos que vivían allí y a respirar el aire puro de las plantas.

El alcalde de la ciudad, llamado Simón Torres, se enteró de la noticia y se fue al bosque renovado que había hecho Vicente. Se asombró mucho de que fuera un niño el que hubiera hecho eso.

Simón quiso conocer a Vicente en persona para que le contase la razón por la que hizo aquello:

—La primera vez que vi el bosque en tan mal estado, me puse muy triste porque a mí me encantan los paisajes, y cerca de la casa de mis abuelos no había ninguno bonito —dijo Vicente.

—¿Y cómo te surgió la idea de renovarlo? —le preguntó el alcalde al niño.

—Vi mucha basura en el suelo, y no me gustaba nada andar por allí. Aunque al principio me dio mucho miedo el bosque porque era muy oscuro, quería convertirlo en un lugar bonito para los niños como yo y para los animales como mi mascota Teo —respondió Vicente.

A Simón le convenció lo que le dijo el niño y le alegró saber que los más jóvenes quieren cuidar el medioambiente y la naturaleza. Por esta razón, decidió darle a Vicente la medalla al protector de la ciudad, por hacer este acto de protección al medioambiente.

A Vicente se le reconoció por hacer esa buena acción, y fue un gran ejemplo para los ciudadanos de Idelandia, ya que todos deberían cuidar el entorno que les rodea para así vivir en un lugar más limpio, más bonito y más cómodo.

Mi maravilloso hospital



Ilustración: Carmen Osete

Mi maravilloso hospital

Sheila Andrade Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

En un maravilloso hospital había una vez un médico llamado Diego. Parecido a otros tantos médicos, tenía el pelo cortito, muy negro, era alto y muy simpático.

Sus pacientes lo conocían porque le gustaba vestirse todos los días con camisetas de color rojo, ya que era su color preferido.

Su gran poder era curar a los niños que ingresaban en su hospital, saludándolos por las habitaciones y regalándoles caramelos de muchos colores. Cuando los niños lo veían, se ponían muy contentos porque les gustaba que viniera a visitarlos.

Un día, pasando por los pasillos del hospital, vio a una niña llamada Sheila que estaba llorando porque tenía un fuerte dolor en la rodilla. David se acercó, metió la mano en el bolsillo, sacó un caramelo y se lo regaló.

Sheila fue ingresada para hacerle muchas pruebas, y cada día que pasaba tenía más miedo y estaba más triste, porque creía que lo que tenía iba a ser algo grave.

El médico, al verla tan triste, le dijo que le iba a regalar un gran poder, el poder de la risa, y que este poder estaba en los caramelos

que él repartía, así que le iba a regalar una bolsa llena, y cuando estuviera triste, se tomara uno, y la tristeza desaparecería.

A Sheila la tuvieron que bajar a quirófano y se puso muy triste, pero, de pronto, se acordó del poder que le había regalado el médico y metió la mano debajo de su cabecera, buscó los caramelos y, sin que nadie la viera, se tomó uno de esos que tenían el poder de la risa. Al momento, sintió que le habían hecho efecto, pues ya no tenía miedo.

Sheila se curó pronto, ya tenía que volver a casa para no venir más al hospital, pero decidió devolverle al médico los caramelos con el poder de la risa que le había regalado para que pudiera seguir ayudando a otros niños.

La niña que no podía comer



Ilustración: Dolores Ojeda

La niña que no podía comer

Carla del Olmo Villanueva

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario de Fuenlabrada

Érase una vez en el hospital de Fuenlabrada estaba una niña como yo, que cuando comía le daba un enorme dolor de garganta, de cabeza, de tripa... Le dolía todo. Cada día estaba más delgada y más triste. Sus padres no sabían qué hacer y estaban muy preocupados. También los médicos, esas doctoras tan guapas que todos los días iban a verla. Y las enfermeras, que le cambiaban la vía y le ponían alimentos a través de ella. Hasta la señora de la limpieza la animaba y le contaba cosas de una hija de la misma edad. Todo el mundo que venía a verla... Siempre escuchaba palabras parecidas a estas:

—¿Por qué no comes, María? ¡Mira lo que te traigo, a ver si comes algo!

Pero nada. No comía.

Un día que los padres se habían ido a tomar un café, María no podía más, y se quedó profundamente dormida. En su sueño se le apareció una mujer muy guapa que le dijo:

—María, mira lo que te voy a enseñar.

Y la llevó volando a países y lugares del mundo donde los niños y niñas no tenían alimentos y estaban más delgados que ella. Y había mucha pobreza a su alrededor. Tampoco había colegio, ni tiendas como Xanadú, a las que tanto le gustaba ir.

Desde entonces, algo cambió en María. Cuando despertó, pidió un plato de macarrones, un filete y una pera. Se puso buena pronto. Todos se quedaron muy sorprendidos y no se explicaban qué había pasado.

¡María, sí! Y cuando fue mayor, se hizo de una ONG para ir a ayudar a esas familias y, sobre todo, a los niños que no tienen comida.

El legendario Leurovete



Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

El legendario Leurovete

Yu Zhao Zhou Ye

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Un día Leurovete viajó a Simuera. A este lugar, lo llamaban así por sus diversas sílabas: «sí», de sitio; «mue», de muerte, y «ra», de raro. Leurovete venía de Sivimu, llamado así por sus diversas sílabas: «sí», de sitio; «vi», de vida, y «mu», de mucha. Leurovete era un chico normal, que se convertía en un superhéroe cuando cerca de él había un supervillano. Leurovete, como persona, tenía los ojos marrones, la piel blanca y el pelo rubio. Sin embargo, cuando Leurovete se convertía en superhéroe se le ponían los ojos azules, el pelo rubio e, incluso, le crecía el pelo y la piel se le volvía un poco más oscura. El supervillano era muy malo.

Días después de que Leurovete pisara Simuera, se lo encontró por la calle destrozando árboles, casas, calles, etc. Leurovete podía volar, escalar y lanzar bolas de fuego y un extraño líquido, parecido a un moco verdoso.

Leurovete llamaba al malo el hombre «sin nombre», porque nunca decía su nombre. Y cuando «sin nombre» refunfuñaba, porque no le gustaba que lo llamaran así, Leurovete aprovechaba para atacar; le lanzaba un poco de su moco y lo pegaba en el

suelo. En una de esas batallas, Leurovete lo quemó con una de sus bolas de fuego. A partir de ese momento, Leurovete no volvió a ver ningún supervillano en Simuera; todos tenían miedo de ir a ese lugar. Finalmente, Leurovete volvió a la ciudad de la que venía, Sivimu.

Superalisson



Ilustración: María Carolina Vargas Uribe y Ramón Antonio Vargas Uribe

Superalisson

Alisson Ariana Jiménez Cortez

Servicio de Apoyo Educativo Domiciliario

Hospital General de Getafe

Érase una niña que se llamaba Alisson.

Alisson tenía seis añitos, y vivía en Getafelandia.

Ella tenía superpoderes para ayudar y hacer feliz a los demás.

Diariamente, Alisson sale de su casa y va volando por la ciudad con sus coletas para ver lo que está pasando y, cuando ve que hay un problema, se acerca y lanza corazones para que todo esté bien. Y cuando ve que todo está mejor, se va volando a su casa otra vez.

CATEGORÍA B

(De 10 a 13 años)

Florecer



Ilustración: Fernando Abadía Bádenas

GANADOR CATEGORÍA B

Florecer

Ana López de Ceballos Regife

Aula Hospitalaria Colegio Público de Educación Especial

Hospital del Niño Jesús de Madrid

La capa riela a mi espalda por el viento. El frío aire remueve mi pelo, y este me azota la cara. La sangre hierve en mis venas y noto un agudo nudo en el estómago. El miedo me carcome por dentro, cortándome la respiración. La vista se me nubla por el esfuerzo, y los músculos cansados me piden que pare con seguidos pinchazos. Al frente, se extiende un humo negro y denso que me llena los pulmones con cada bocanada de aire. La ceniza flota en las ráfagas de aire y me produce pinchazos cuando pasa por mi garganta. No sé hacia dónde estoy yendo. No distingo ninguna figura, solo ando a tientas confiando en mi instinto. Jadeo del cansancio. Me siento impotente.

Él está cerca, pero tengo la sensación de que mis poderes no podrán hacer nada contra su fuego. Estoy débil y casi no me quedan fuerzas. No sé qué debo hacer, porque mil ideas se hacen camino en mi mente, pero no tengo ni idea de a cuál debo hacer caso. Tengo miedo. Suena cobarde, sin embargo es de valientes sacar a relucir ese sentimiento. Eso espero. No obstante, ahora me siento pequeña. La situación me supera, y ver lo que me rodea es como un constante recuerdo de que contra Él, no puedo hacer

nada. Esa es otra idea que florece en mi interior, pero prefiero no prestarle demasiada atención, porque entonces me derrumbaré.

Las puntas gastadas de mis botas se arrastran por el suelo de cemento. De vez en cuando dan alguna patada a una piedra, y esta acaba chocando contra algo metálico (supongo que un coche). Pero eso no son más que intuiciones. Porque, aparte de pequeños sonidos, todo está en un silencio abismal que me envuelve. Da vértigo. Esa es otra idea que trata de hacerse camino en mi interior. La escondo lo mejor que puedo entre otros pensamientos y trato de fijarme mejor en lo que me rodea. Fijo la vista en el suelo. Estoy pasando por una carretera con líneas discontinuas. Hay piedrecitas sueltas que chocan entre sí y producen un tintineo con cada pisada. Intento apartar todos los demás pensamientos y me centro en todo aquello que el humo no ha hecho desaparecer. Observo con atención. Una minúscula flor sale de la grava. Su tallo está doblado por la mitad y sus pétalos ya no tienen un color blanco, sino que está sucia. Un instinto me obliga a arrancar, así que eso hago. La miro con atención, dejo de pensar en cualquier otra cosa y veo esa flor que el tiempo ha destrozado. En algún otro momento, quizá fue bonita. Pero, ahora, solo quedan sus restos que ha tratado de alzar. A pesar de eso, le veo una belleza que no se aprecia con los ojos.

Me incorporo con la florecita en la mano. La envuelvo con los dedos y, de repente, me noto llena de energía. Es un subidón que dura unos segundos, pero que me llena todo el cuerpo de una fuerza que desconocía de su existencia. Trato de esconder el miedo junto a todos los pensamientos negativos e intento no pensar en los sentimientos que se acumulan en mi interior. Al menos, no en los negativos. Ira, miedo, tristeza, impotencia. Todo eso me llena,

pero, irónicamente, me hace sentir vacía. Solo hay un pensamiento en ese embrollo que me hace seguir. Superación. Hacia él, Fuego, y hacia mí misma. Lo que decida a partir de ahora dictará mi final.

Y quiero terminar luchando. Quiero luchar por no terminar.

Sonrío. Ahora todo depende de mí. La gente está en sus casas, atemorizada, porque el fuego que ha inundado la ciudad les ha alertado. Con mi poder del agua he conseguido apagarlo, pero todavía quedan llamas prendidas. Hablo de Fuego. Un villano que solo busca hacer daño. La gente no elige tener poderes, pero quien los tiene, elige qué hacer con ellos. Él ha elegido mal, y aunque yo a veces tengo la sensación de que tampoco lo hago correctamente, intento utilizarlos de la mejor manera. Ese es el sentimiento de superación que siento en mi interior. La idea de poder acabar con ese ser que ha hecho tanto daño me llena de satisfacción. Ese pensamiento es cruel, pero, sin duda, es lo que siento. Fuego quizá tiene sus motivos. Esconde un oscuro pasado. Guarda rencor a los ciudadanos de este lugar. Lo hace porque, al principio, él era un superhéroe de pacotilla. Sí, las cosas como son. No conseguía nada y sus habilidades estaban muy poco desarrolladas. Por eso, siempre era ridiculizado por todos y se sentía excluido. Así que, decidió enseñarnos lo que era capaz de hacer. Eligió la mala manera de usar los poderes. Los comentarios de los demás no deberían haberle afectado tanto. No obstante, él tampoco debería haber actuado así. El fuego no se apaga con más fuego. A veces, también se necesita un poco de agua. Por eso estoy yo.

Los ataques empezaron hace apenas unos días. Todos los superhéroes supimos lo que teníamos que hacer. Al fin y al cabo, nos hemos preparado para esto. Salvar lo insalvable. Para eso estamos. Y cuando apareció el fuego, supimos que era el momento

de poner todo lo aprendido en práctica. Resguardar, alimentar, consolar, ayudar. En resumen: salvar. Ese es mi deber. Y me siento feliz de que ese pueda ser mi lema. Sin embargo, la ira y el enfado me nublan cada vez que pienso en todo el daño ocasionado. Centrarme en lo negativo no es la solución. Lo sé. Pero me es inevitable alejar esos pensamientos de mi cabeza.

Paro, en seco, de repente. Noto a alguien observándome. Quizá son imaginaciones mías, pero siento que me taladran la nuca con la mirada. Escucho un ruido detrás de mí que me da más indicios de que no estoy sola. Las manos me tiemblan y tengo mucho miedo. Estoy tan asustada que me paralizo. No logro moverme. Mando órdenes a mis músculos, pero estos no parecen percatarse, ya que se quedan quietos. Aguzo el oído. Escucho unos pasos detrás. Alguien se acerca. No hace falta que me dé la vuelta para confirmar quién es. No huyo. Más que nada, porque estoy paralizada. Este momento es para el que tanto me han preparado. Todo superhéroe aspira a su gran batalla, y hoy ha llegado la mía. Me siento impotente y cobarde. No lucho por tapar esos sentimientos. En cambio, sí lo hago por intentar moverme. Tomo aire y cojo fuerzas. A pesar de que hace unos segundos estaba rezagada, ahora me siento renovada. Llena de energías. Me guardo la florecita que cogí hace un rato en la manga ajustada de mi traje. Ha llegado mi momento. En cuanto me dé la vuelta, no habrá marcha atrás. Tendré que enfrentarme a él, sin importarme nada más. No tengo que pensar en otra cosa. Tengo un objetivo. Es él. Así que solo tengo que acabar con Fuego. Parece incluso fácil.

Me giro justo a tiempo para ver una bola de fuego volar hacia mí. Esta vuela a diez metros de distancia, cortando el aire y formando ráfagas a su paso. Atraviesa el aire a una velocidad de

vértigo, pero yo, en vez de quedarme quieta tras ver esa llamada directa hacia mí, la esquivo unos segundos antes de que acabe conmigo. Lo hago con gran agilidad y eso me proporciona unos segundos de ventaja. Con ese corto tiempo que parece ser eterno, logro incorporarme y observar con atención al villano más temido de todos.

Entorno los ojos con esfuerzo para poderlo ver mejor tras la bruma. Ahora no es tan densa y se puede apreciar con más facilidad lo que hay a mi alrededor. Su vestimenta es de colores tristes y apagados. Lleva una capa negra, a juego con sus mallas. La parte de arriba es de un rojo sangre impactante. Me fijo en sus ojos. Muestran mucha ira, pero, escrutándole con más detenimiento, se puede ver algo en su rostro que trata de esconder sin éxito. Tristeza. Esconde su cara detrás de un cabello oscuro que le llega hasta el hombro. Está muy serio, y cuesta imaginárselo sonriendo. Él no piensa hacer ese gesto, pero yo lo hago. Al menos, en esa pequeña batalla puedo ganar.

Los dos nos miramos durante un rato, expectantes e impacientes de que el otro haga algo. Pero la espera dura un rato más, ya que por dentro me siento llena de dudas. Una persona contiene miles de recuerdos. De sentimientos. De ideas. De gestos. De sonrisas. Es demasiado bonito como para querer acabar con todo eso que nos arraiga a la vida. Supongo que ambos lo sabemos, sin embargo, es más fácil esconder la realidad. Por ello, después de unos minutos, empezamos a luchar.

Él actúa primero. Justo cuando unas ideas de dudas se hacen camino en mi interior y estoy a punto de replanteármelo, viene corriendo hacia mí, y a medio camino, alza las manos al frente. Se concentra y lanza una bola de fuego directa hacia mí. Es una

llamarada que arde y viene bruscamente hacia mí. Quizá, la mejor opción hubiera sido agacharme y esquivarla; como hice antes. No obstante, eso hubiera sido la solución fácil, cobarde. Me decanto por sacar mi propia fuerza a través de una bola de agua. Esta sale despedida con energía y velocidad hacia él. Impacta contra el fuego y, ante el cambio de temperatura, se acaba evaporando. Se convierte en gas y va en una única dirección por el viento. Y, ojalá, ese hubiera sido el último resultado y, así, hubiese acabado todo; pero no. Rápidamente, vuelve a lanzar otra bola de fuego y esta vuelve contra mí. Consigo lanzar un chorro de agua a tiempo, y los efectos acaban siendo los mismos. Eso parece irritarle mucho, porque se enfurece y comienza a lanzarme otra bola. Después, otra. Y, después, otra más. El fuego no parece acabar, al igual que el agua que echo por las manos. Se vuelve demasiado monótono y me acaba agotando al cabo de apenas unos minutos. Estoy fatigada y cansada, pero vine aquí con un único objetivo: acabar con él y todo el mal que ha hecho. Solo de pensarlo me suena mal. Sin embargo, es su merecido.

Esa hubiera sido una idea motivadora de superación, pero como me encuentro sin fuerzas ni energía, rápidamente se ve transformada por un pensamiento negativo que me produce impotencia. Trato de alejar esos pensamientos de mi cabeza, pero no lo consigo. Mi mente parece vagar y me cuesta concentrarme. Empiezo a sentirme más débil, hasta que el agua deja de manar. Sin embargo, el fuego sigue saliendo de sus manos, así que en un intento desesperado de salvarme, me tiro al suelo en un acto reflejo y consigo esquivarle.

El corazón me late a mil por hora. A pesar de eso, estoy fatigada. Siento un nudo en la garganta. Me duele la cabeza y no me

puedo mover. Pego la mejilla al asfalto mientras jadeo de cansancio. Cojo grandes bocanadas de aire porque ninguna cantidad parece suficiente para llenar mis pulmones. Todos mis músculos, de los que he estado abusando, me piden que pare. Mi propia mente me pide que pare. Que deje ya de luchar. Me acerco el brazo a los ojos para observar la flor que hay en la manga. La he encontrado en los que han decidido ser sus peores momentos, pero, a pesar de eso, ella seguía alzada hacia el sol. Después de los miles de coches que la deben haber aplastado. De las lluvias que debe haber soportado. Después de todo lo malo, esa flor seguía en pie. Tantas personas. Tantas vidas. Tanto por vivir. Solo hay que luchar. Tengo todavía que librar más batallas. Tengo todavía que regalarle al mundo mi sonrisa. Tengo que florecer. Tengo que empezar a luchar.

Aprieto los ojos con ganas de no volver a abrirlos. Pero eso sería la respuesta fácil. Cierro la mano en un puño, tomo una gran bocanada de aire y lo suelto lentamente. Escucho unos pasos que se acercan. Tengo miedo. Sonrío. Aquí comienza mi lucha.

Me levanto de un salto justo cuando Fuego está apenas a tres metros de distancia. Me mareo ligeramente ante el movimiento brusco, pero eso no importa. Estoy nerviosa. Los latidos de mi corazón son alocados y sin ningún ritmo. La sangre hierve en mis venas. Tomo varias bocanadas de aire. Como hace un rato, ninguno de los dos nos movemos. Es un silencio abrumador. Pero ya sé lo que tengo que hacer. No sé si saldrá, pero sin duda, sé que es lo adecuado. Necesito centrarme en mis emociones. Siento una ira mezclada con ese sentimiento que me impulsa y me llena: superación. No necesito más. Dejo que esa emoción actúe por sí sola. Cierro los ojos. Ya no voy a esperar a que mi cerebro piense

en una respuesta coherente. No hay tiempo. Esta vez decidirá mi instinto.

Levanto los brazos al frente. Aún con los ojos cerrados, noto como toda la fuerza se concentra en mis manos. Todo se fusiona en una única energía que me llena por dentro. Sale al exterior en forma de chorros de agua. No necesito verlo para imaginarlos impactando con fuerza contra Fuego. Lo hago con seguridad. La solución es sencilla: yo debo vivir y él no debe morir. Ni siquiera sé cuándo he pensado en esa respuesta, sin embargo ha sido un fogonazo, y, de repente, lo he visto todo claro. Darle más vueltas a la idea supondría dudar. Así que decido quitarle su poder. El agua va con tanta fuerza contra él que todo el fuego que hay en su interior comienza a evaporarse y desprenderse de él. El gas se mezcla con el viento, y este se lo lleva lejos.

Él se queda de pie, quieto, sin ser capaz de afrontar lo que ha pasado. No se lo cree. Una ira acompañada de tristeza se hace más visible en su rostro.

Porque lo más difícil de las batallas, no es aceptar la derrota; es no dejar de luchar.

En busca de mi superhéroe

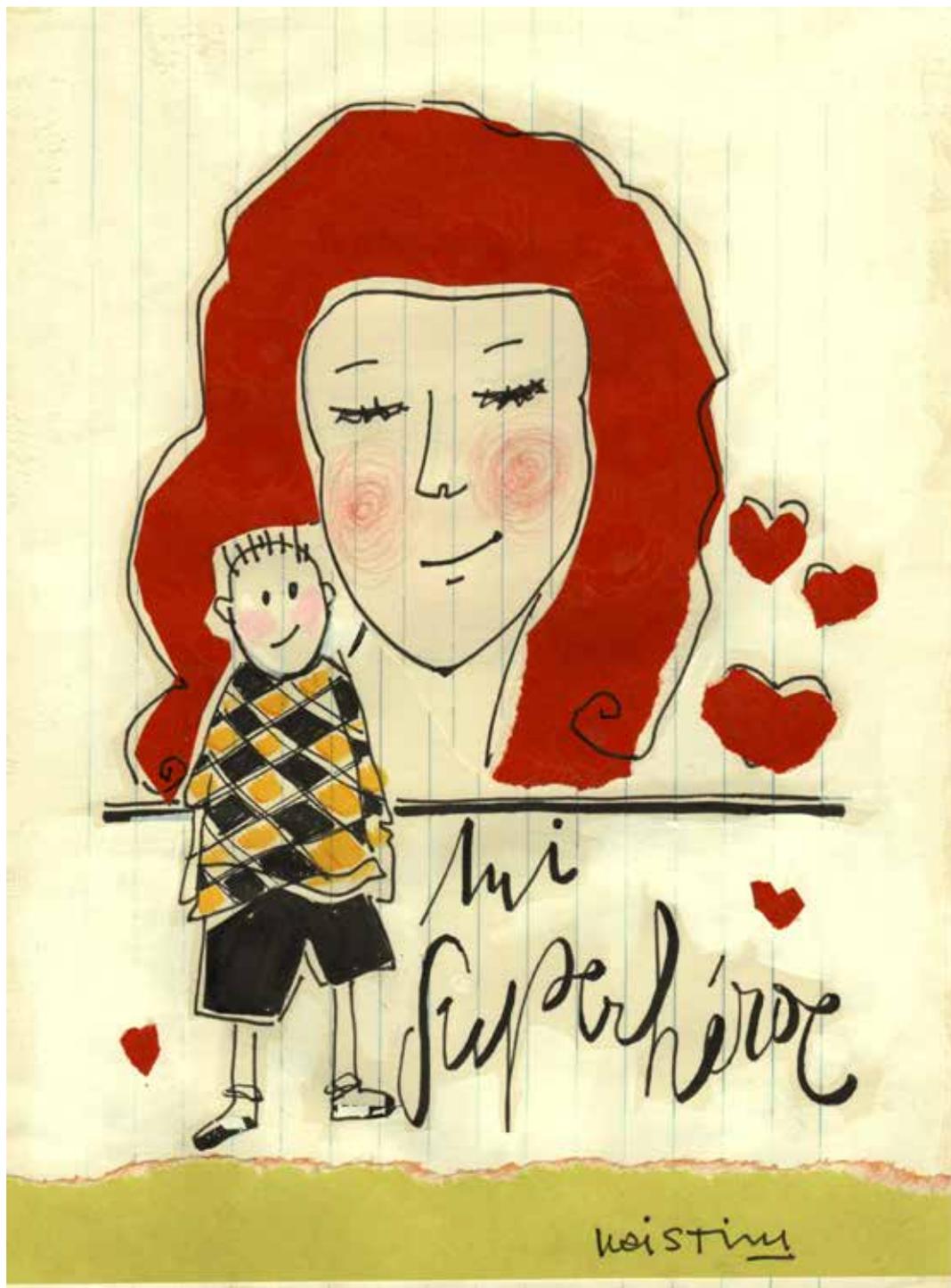


Ilustración: Francesca Cristina Ureña

En busca de mi superhéroe

.....
Lorena Pintado Pérez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía

Hola, me llamo Javi. Tengo trece años.

En el colegio, mi profesora nos ha mandado hacer un trabajo sobre cuál es nuestro superhéroe.

Todos mis amigos saben quiénes son sus superhéroes: el de mi amigo David es Batman, el de mi amigo Izan es Hulk y la superhéroe de mi amiga Cristina es Ladybug.

Yo, aún, no sé quién es. Así que, estoy buscando superhéroes en internet, pero ninguno me atrae.

He bajado al parque a preguntar a algún niño sobre algún superhéroe chulo. Los niños me han dicho un montón de superhéroes, pero ninguno me convence.

De vuelta a mi casa, me encontré con unos niños mayores y empezaron a pegarme. Por suerte, mi madre iba a hacer la compra y me vio. Ella corrió a defenderme. Los niños se fueron. Mi madre me llevó a casa, donde me curó las heridas. En ese momento, me di cuenta de quién era mi superhéroe.

Entonces, empecé a escribir mi trabajo.

Al día siguiente, en el colegio, lo leí:

«Me costó mucho encontrar mi superhéroe. Busqué por internet y pregunté a niños en el parque, pero ninguno me convenció. Hasta que me di cuenta de que mi superhéroe había estado siempre conmigo. Lo conocía desde que nací. Mi superhéroe no tiene disfraz, no tiene superpoderes, no es famoso, no tiene nada en especial. Pero a mí, eso, me da igual. Mi superhéroe es mi madre. Ella siempre ha estado conmigo, me ha protegido, me ha ayudado, me ha querido, me ha apoyado... Ella siempre se ha preocupado por mí. Y por eso, mi madre, es mi superheroína».

A mi profesora y a mis compañeros les encantó mi trabajo.

«A veces, tu superhéroe es quien menos te esperas que sea».

Todo un ejemplo



Ilustración: Sioni López

Todo un ejemplo

Claudia Muñoz Vivar

Aula Hospitalaria Colegio Público de Educación Especial

Hospital del Niño Jesús de Madrid

Martina era una niña pelirroja, pecosa y muy tímida. A su vez, era muy dulce y estudiosa, y llevaba unas gafitas redondas que le hacían parecer muy inteligente, aunque verdaderamente lo era. Siempre levantaba la mano en clase cuando el profesor preguntaba alguna cosa un poco complicada, ella siempre tenía una respuesta. «Muy bien, Martina», le decía el profesor cuando ella respondía. Al mismo tiempo que ella respondía, siempre se escuchaba desde la parte de atrás de la clase unas risas que se mofaban de ella. No sé si esas risas eran por su aspecto tan peculiar y diferente o porque en el fondo todos los que se reían sentían un poco de envidia de su gran inteligencia.

Cuando sonaba el timbre para ir al recreo, ella cogía un libro debajo del brazo y se sentaba sola en un rincón del patio a leer. Leía, no solo porque le encantara la lectura, sino también porque nadie quería jugar con ella. Solo un niño, Gonzalo, era el único que se acercaba para conversar con ella.

Todos los días, a la salida del colegio, la misma historia, un grupo de niñas comenzaban a perseguir a Martina gritándole: «¡Cara de lentejas! ¡Cara de lentejas! ¡Pelo oxidado! ¡Pelo oxidado!

¡Gafotas! ¡Gafotas!». Ella corría con todas sus fuerzas, y lo que permitían sus piernas y el peso de su mochila, hasta que llegaba exhausta al portal de su casa y cerraba la puerta. Se sentaba en el rellano de la escalera, se secaba el sudor y respiraba profundamente, hasta que se le pasaba la fatiga, para que su madre no se diera cuenta de lo que le estaba pasando.

Un día, Gonzalo se acercó a ella como casi siempre en el recreo, y le dijo: —Martina, ¿le has contado a tus padres o al profe lo que te está pasando en el colegio?

—¿Y qué me pasa Gonzalo? —respondió ella.

—Pues eso, Martina, lo que te hacen en clase y cuando sales del colegio.

—¡Ah! ¿Eso? Pues no —balbuceó Martina.

—Pues deberías de contárselo, Martina —le dijo Gonzalo—, eso que te pasa no es normal, no está bien que se rían de ti en clase y que te persigan y te insulten.

—Bueno, déjalo, Gonzalo, no saben lo que hacen, aunque, en el fondo tienen razón, tengo pecas que parecen lentejas, tengo el pelo naranja como el óxido del hierro y tengo gafas.

—¡No es justo! ¡No debes de pensar así! —exclamó Gonzalo—. Tú eres muy buena y no insultas ni te ríes de nadie.

—Tal vez tengas razón, Gonzalo, pero es que no me atrevo a decírselo al profe y mucho menos a mis padres; quizás algún día se cansen de hacerlo.

Pero no se cansaron, al día siguiente al salir del colegio, vuelta a empezar, los mismos gritos: ¡Gafotas! ¡Gafotas! ¡Pelo oxidado! ¡Pelo oxidado! ¡Cara de lentejas! ¡Cara de lentejas! Y la persecución

a la carrera. Pero, de repente, sucedió algo inesperado; un coche que venía a toda velocidad no pudo esquivar a una de las niñas que perseguía a Martina, atropellándola y quedando inconsciente en el suelo. En ese mismo instante Martina se detuvo, soltó su mochila para ir más rápido y se dirigió hacia la niña que se encontraba herida en el asfalto, y tal y como había leído en un libro de primero auxilios, comenzó a reanimarla, haciéndole maniobras de reanimación presionándole el pecho con las palmas de las manos y realizándole el boca a boca, hasta que, ¡tachán!

—¡Respira, respira! —exclamó Martina.

A los cinco minutos, aparecieron los sanitarios con una ambulancia y felicitaron a Martina por haber sido tan valiente y haber salvado la vida de esa niña.

Las demás niñas estaban estupefactas viendo lo sucedido, y le dieron un abrazo a Martina por lo que había hecho.

A la mañana siguiente, cuando Martina entró a clase, toda la clase se puso en pie y le dio un aplauso gigantesco. Pero, lo que más le impresionó, fue cuando Martina giró su cabeza hacia la pizarra y alguien había puesto en letras mayúsculas muy grandes: «ERES UN EJEMPLO PARA NOSOTROS, GRACIAS POR SER TAN ESPECIAL».

No estés triste



Ilustración: Henar Morós

No estés triste

Marina Claudia García Pérez

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Érase una vez una ciudad, la ciudad más triste y oscura que te puedas imaginar. Era tan triste que la gente no salía de su casa, nada más que para trabajar, y lo hacían sin ni siquiera mirar o dirigirle una palabra a la gente. Y tan oscura que el sol ya no salía por las mañanas. Pero lo que los habitantes de aquella extraña ciudad no sabían, era que sus vidas estaban a punto de cambiar para siempre.

Una de aquellas monótonas mañanas en las que la gente iba a sus trabajos, al colegio, a hacer sus tareas o, simplemente, a seguir lamentándose de por qué la vida era tan injusta con ellos y por qué les había castigado a vivir en aquel lugar tan solitario, tan miserable, aparcó en la entrada de la ciudad un carro que avanzaba por la fuerza de dos caballos sujetos por riendas a él.

La gente que estaba en sus casas, muerta de curiosidad por si había llegado a la ciudad un nuevo vecino que aún no conocía las antipáticas reglas que prohibían interactuar con cualquier ser vivo de la zona o si, simplemente, era algún transeúnte que se había perdido y estaba esperando indicaciones para retomar su camino. Querían mirar a través del cristal, pero el simple hecho

de verle la cara a alguien que no fueran ellos mismos les helaba la sangre, así que, optaron por pegar la oreja a la ventana para enterarse de lo que pasaba sin verle la cara.

Bajó del carro un señor peculiar, con el pelo negro, engominado y repeinado, y con un traje que a la luz del sol brillaba intensamente, pero que en aquella sombría ciudad tan solo era uno más. El hombre era alto, fuerte y esbelto, tenía cuerpo de atleta, pero aparentemente era un señor normal. ¿O no?

El hombre empezó a sacar bolsas y bolsas del carro, parecía que no tenía fin, y las metió en el interior de una casa que hasta ahora los vecinos nunca se habían percatado de su existencia. Tras meter a los caballos en el establo y aparcar aquel viejo carro de madera, finalmente el hombre se metió en la casa y, poco a poco, la vivienda fue irradiando una luz cálida y brillante. El hombre no salió de la casa hasta el día siguiente, y lo hizo dispuesto a cambiar las cosas.

Sorprendió a un señor con la cabeza gacha que caminaba agonizante por la calle, pero que cuando se percató de la existencia de este señor, aceleró el paso en un intento de huir de él, pero el atípico nuevo vecino era más rápido, y consiguió susurrarle algo al oído. Lo hizo tan bajito que por mucha atención que prestara la gente, nadie fue capaz de oírlo. Pero, fuera lo que fuese, el hombre cambió su gemido mortecino por carcajadas de euforia. Comenzó a reír, bailar, saltar, a ser feliz en general, y a agradecerle al señor (ahora más contento, si es que eso es posible) esas palabras de aliento que le habían cambiado la vida.

Una semana más tarde, apenas quedaban casas por iluminar y personas infelices. El sol había empezado a salir por las mañanas y cada día lucía más fuerte y con un brillo más intenso que

el anterior, a causa del buen humor de las personas. Ahora, todos los días eran fiesta y los vecinos se llevaban mejor que nunca.

Pero los habitantes que aún no habían pasado por las manos del Brujo (así apodado por las personas aún deprimidas), tenían miedo de empezar a ser felices: «Estábamos bien hasta que él llegó», pensaban cada vez que oían los gritos de júbilo.

Poco a poco todo el mundo fue saliendo de la amargura y fue cayendo en los brazos de la vivacidad. Al final, solo quedaba una mujer pesarosa y decidieron hacer un experimento: ahora serían sus propios vecinos los que animarían a la señora.

«No seremos capaces», se lamentaban. «Solo necesitáis confianza en vosotros mismos. Yo ya he terminado mi trabajo aquí, ahora solo depende de vosotros». Y en lo que tardas en pestañear y volver a abrir los ojos, el hombre y todas sus pertenencias habían desaparecido. Todo debía salir bien, según lo planeado, y así fue.

Al día siguiente organizaron una reunión, en la que estuvo presente toda la ciudad, para intentar comprender entre todos lo que les había pasado. Llegaron a la conclusión de que el hombre era un superhéroe y su poder era hacer feliz a la gente, pero no acertaron en todo; sí, el hombre era un superhéroe, pero su superpoder no era hacer feliz a la gente, sino darles a las personas la confianza que necesitan en sí mismos.

Furia, el dragoncito valiente



Ilustración: Ramón Besonías Román

Furia, el dragoncito valiente

María Martínez Cuesta

Aula Hospitalaria Colegio Público de Educación Especial

Hospital del Niño Jesús de Madrid

Capítulo 1. El hechicero y el dragón

Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano existía un pequeño pueblo donde habitaba un hechicero. Este hechicero era bueno, simpático y agradable con todo el mundo.

Nadie sabía su vida, pero todos suponían que debía tener más de mil años. Tenía una barba blanca más larga que el pelo de Rapunzel, y vestía con una túnica morada con estrellas, lunas y manchas de polvo. Le gustaba ponerse un gorro un poco feo, de color morado, a juego con la túnica.

Un día soleado, el hechicero se encontró con un dragón chiquitito, seguro que era un dragón bebé. Lo llamó Furia. El hechicero creyó que estaba abandonado y se lo llevó a su casa para cuidarlo y alimentarlo: gracias a su magia, le fabricó una cama muy cómoda y flotante, le preparaba su plato preferido, carne de buey, le llenaba la bañera con leche y Cola Cao, porque al dragón le encantaba beberla y, cuando había acabado con ella, el hechicero hacía un truco y aparecía agua con muchas pompas de jabón.

Además, el hechicero le regaló una pelota muy grande que para el dragón era su juguete preferido, aunque, pronto la pinchó por accidente con uno de sus pinchos de la cabeza.

Los días pasaban y pasaban y a los dos les gustaba estar con el otro. Eran grandes amigos: jugaban, paseaban, veían películas... Y, así, casi sin darse cuenta, habían pasado ya tres meses.

Capítulo 2. Los dragones malvados

En otro pueblo cercano, otro hechicero, este malvado, había criado a tres dragones: uno que lanzaba rayos, otro que provocaba la lluvia y otro que lanzaba fuego.

El hechicero malvado los enviaba a pueblos distintos para que los destruyeran poco a poco: el primero, provocaba fuertes tormentas eléctricas, el segundo provocaba grandes inundaciones y, el tercero, quemaba casas, bosques y animales.

Todo el mundo temía que los dragones malvados aparecieran en sus pueblos. El hechicero bueno también tenía miedo a los tres dragones malvados, así que quería educar a su dragón para que lo defendiera y también para que ayudara a la gente.

Capítulo 3. El hechizo

Además, el hechicero bueno decidió buscar en su libro mágico de hechizos si había alguna manera de hacer que los dragones malvados se convirtieran en buenos.

Estuvo mucho tiempo buscando y, al final, encontró un hechizo

muy raro. Se llamaba «experimentitisplatitiscolacaotitis», pero para hacer ese hechizo se necesitaba una pócima que solo se podría fabricar con unas plantas mágicas muy raras que solo se encontraban en un país muy lejano, llamado Misteriolandia, y que estaba bajo el mar.

Así que, el dragón bueno y el hechicero tuvieron que aprender a nadar, aunque con la ayuda de otro hechizo consiguieron respirar bajo el agua hasta que encontraron las plantas mágicas.

Capítulo 4. La fiesta de los dragones

El hechicero bueno ya tenía la pócima para convertir a los dragones malvados en dragones bondadosos y, así, el hechicero no podría nunca más hacer daño a la gente de los pueblos. Nunca más habría fuertes tormentas eléctricas ni inundaciones, ni tampoco incendios.

Pero ¿cómo podrían hacer para que los dragones malvados tomaran la pócima y así el hechicero transformarlos en buenos?

El dragón bueno tuvo una idea y le dijo al hechicero:

—Hechicero, pronto cumpliré un año. He pensado que podríamos hacer una gran fiesta de cumpleaños para invitar a todos los dragones del país. También enviaré una invitación a los tres dragones malvados, y cuando estén en casa les invitaré a Cola Cao en mi bañera. En la bañera pondremos el Cola Cao que tanto me gusta, pero también podrás echar tu pócima mágica. Para que se porten bien contrataremos unos músicos para que actúen en la fiesta, así se calmaran escuchándolos. Y quiero una tarta de dos pisos de altura, con muuuuuuuuuuuuuuuuuucho chocolate...

El hechicero se puso muy contento y dijo:

—¡Jajajajaja! Me parece una idea estupenda, amigo. Seguro que lo conseguimos. Para que los dragones no me vean por aquí y no sospechen, me aplicaré una pócima de invisibilidad, pero ten cuidado con que nadie me pise, que estoy ya muy mayor... Y, por supuesto, encargaré la tarta más rica del país para ti.

Capítulo 5. Los invitados a la fiesta

El plan transcurría como el hechicero y el dragón bueno habían tramado. Las invitaciones habían sido enviadas por el correo dragonil a todas las cuevas de los dragones de todo el país, y todos confirmaban que vendrían a la fiesta.

La orquesta ya estaba preparada y el hechicero había llenado la bañera con el Cola Cao y la pócima para transformar a los dragones malvados en bondadosos. Llegó el día y, a la hora acordada, sonó el timbre. Empezaban a llegar los primeros invitados, así que el hechicero se tomó su pócima de invisibilidad y la fiesta comenzó.

Había gran variedad de dragones: de dos cabezas, de tres, dragones bailarines, dragones de todos los colores: azules, verdes, rojos, marrones... También vinieron unos cuantos unicornios, algunos grifos y algunas hadas.

Cuando casi todos los invitados habían llegado, aparecieron los tres dragones malvados y, sin saberlo, pisaron al hechicero, que ya era totalmente invisible. El hechicero guardó silencio porque no quería que lo descubrieran.

Enseguida, repartieron la gran tarta de cumpleaños y, para beber, el dragón bueno los invitó a todos a pasar a su gran bañera de Cola Cao con la pócima.

Como los tres dragones malvados eran también muy avariciosos, se colocaron los primeros en la fila para beber más Cola Cao, sin saber que eso los volvería dragones amables, simpáticos, buenos... Y, cuando llegó su turno, bebieron un gran trago.

La fiesta siguió y, cuando se acabó toda la tarta y todo el Cola Cao, todos los invitados volvieron a sus hogares. Todos se habían hecho muy buenos amigos y planearon jugar por las tardes todos juntos.

Capítulo 6. La torre del hechicero malvado

Los tres dragones, que ya se habían transformado en bondadosos, volvieron a la torre donde vivía el hechicero malvado y, nada más llegar, los envió a destruir un pueblo cercano.

Uno de los dragones dijo:

—Perdona, hechicero, pero destruir pueblos está muy mal. La gente que vive en los poblados no se lo merece.

Otro de los dragones dijo:

—Además, a ti no te gustaría que nadie destruyera tu torre.

El hechicero no podía creer lo que sus dragones le decían, así que se enfadó tanto que los mandó al calabozo donde tenía unas jaulas para ellos y los encerró.

Marina, la supersirena

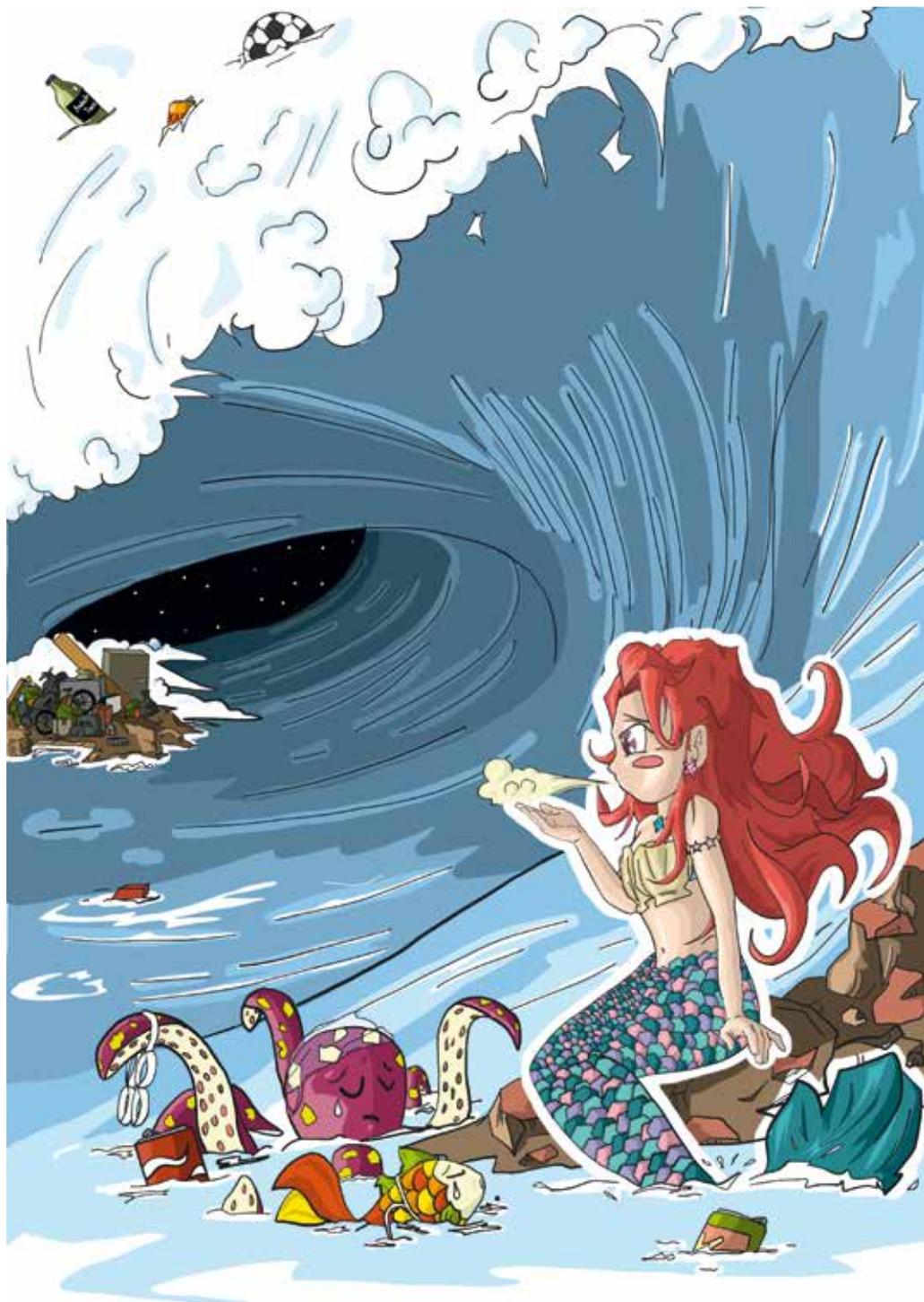


Ilustración: Pedro A. Martínez Ortiz

Marina, la supersirena

Celia Ayala Fernández

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid

Érase una vez una sirena llamada marina, que vivía en el océano atlántico. Un día, vio a unos peces, y algunos tenían bolsas en la cabeza y otros tenían unas anillas de polietileno por el cuerpo. Estaban sufriendo, y algunos se morían.

Marina se sintió muy triste y quiso saber de dónde venían esos plásticos. Nadó por todos los océanos del mundo para ver quién era el responsable, y encontró verdaderas islas formadas por basura y, acercándose incluso a la costa, vio playas llenas de personas que al marcharse dejaban grandes montones de basura.

Decidió hacer algo para solucionarlo. Marina no era una sirena normal, era una supersirena; con su cola podía levantar grandes olas, y soplando dirigirlas a cualquier lugar del mundo. Pensó que lo mejor sería devolver su basura a los humanos, y repartió por grandes ciudades del mundo toneladas de plásticos.

Alguna ciudad casi quedó tapada y por eso sus alcaldes se reunieron con Marina para llegar a un acuerdo: le prometieron que enseñarían a sus ciudadanos a reciclar para no ensuciar los océanos y pedirían a sus sabios que inventaran materiales que no hicieran daño al medioambiente.

Marina se fue contenta con el acuerdo, pero les advirtió que los vigilaría para siempre.

Un superhéroe sin «miedico»



Un superhéroe sin «médico»

Pablo Boluda Sánchez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Aquí os cuento una historia de un superhéroe no muy conocido en el mundo, pero que por fin ha dado la cara.

Hablo de CAPITÁN MÉDICO... Un hombre con el superpoder de curar a todas las personas.

Él podía volar, y siempre estaba dando vueltas por el mundo, vigilando a las personas. Un día, un niño llamado Miguel, de una ciudad muy pobre, se puso muy malo de repente y nadie sabía por qué. Miguel no salía de su casa; por lo tanto, CAPITÁN MÉDICO no podía verlo, pero el intrépido héroe podía sentir que algo no iba bien.

Se acercó a echar un vistazo, y vio por la ventana que Miguel estaba fatal. Así que, decidió pasar y, una vez dentro, se lo encontró en el suelo retorciéndose de dolor. En un instante, abrió la mano y apareció una cruz roja que empezó a volar hacia el niño, metiéndose dentro de él.

De pronto, el niño se levantó y gritó:

—¡ESTOY MEJOR QUE NUNCAAAA!

En este momento, el chico vio al héroe con su bata de alegres colores y su estetoscopio brillante, y le preguntó:

—¿Eres tú el que me ha quitado el dolor?

—Sí, he sido yo, CAPITAN MÉDICOOOO. ¡Dispuesto a ayudar!

Miguel volvió a preguntar:

—¿Me puedes llevar contigo a ayudar a más personas?

Pero, entonces, en un abrir y cerrar de ojos, apareció MEGABACTERIA, el terrible enemigo de CAPITÁN MÉDICO.

—¡Oh, nooo! ¡Ese es quien me ha envenenado! —dijo Miguel.

Entonces, MEGABACTERIA se dispuso a envenenar a los padres del niño, porque Miguel ya estaba inmunizado por los poderes de CAPITÁN MÉDICO.

—¡Oh no, mis padres! Rápido, CAPITÁN MÉDICO, ¡haz algo!

—¡No, en mi turno no pasará nada, porque yo no tengo "MÉDICO". Jajajajaja... —dijo Capitán Médico.

El superhéroe saltó y les dio a los señores un superjarabe hecho por él; al instante, se curaron.

—¡Menos mal, no podríamos haber aguantado más! —dijo efusivamente.

De repente, una gran pelea se formó. MEGABACTERIA intentó envenenar a CAPITÁN MÉDICO con un líquido verde muy malo, pero no lo consiguió. Entonces, CAPITÁN MÉDICO abrió la mano, sacó otra cruz roja y la lanzó contra MEGABACTERIA. ¡Le dio en toda la cara!

De repente, MEGABACTERIA se empezó a transformar en una persona, y, en ese momento, Miguel llamó a la policía, que apareció rápidamente y se llevó a MEGABACTERIA a la cárcel.

CAPITÁN MÉDICO salió en los medios de comunicación (informativos, periódicos...) como el mejor héroe del mundo. Para reconocer su mérito, le entregaron el premio al mejor superhéroe y al mejor superpoder.

El superhéroe de los dos mundos



Ilustración: Clara Cordero

El superhéroe de los dos mundos

María Villalobos Navarro

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Materno Infantil de Canarias

Había una vez un muchacho llamado Luis que trabajaba para su rey, Marcos II. Luis era muy inteligente, pero no sabía leer, y esto le perjudicaba mucho en su trabajo.

Un día se levantó, se vistió, salió de su pequeña casa y se dirigió al castillo.

Al llegar, los guardias le dijeron que el Rey Marcos estaba muy enfermo y podía morir. El muchacho se puso muy triste, ya que este le tenía mucho cariño. Fue a verlo y lo encontró tumbado en la cama y muy preocupado porque no quería dejar a su hija sola. Luis empezó a llorar y le prometió que se casaría con la princesa.

El Rey le dio un papel y le dijo que lo leyera en su boda. Después de esas palabras, Marcos cerró los ojos y dejó de respirar. Un amigo de Luis anunció su muerte y en el pueblo todos se sintieron muy tristes.

Una semana más tarde se celebró la boda. Entre tanto jaleo, al novio se le había olvidado que no sabía leer. Se puso tan nervioso que llegó a pensar en cancelar la ceremonia. En eso estaba concentrado cuando a lo lejos vio una estrella fugaz. Rápidamente,

en su cabeza surgió el deseo de tener el superpoder de hablar con los muertos.

De repente, vino a su mente la figura del Rey. Luis le explicó lo ocurrido y este, riéndose, le dijo que él le diría lo que estaba escrito. Un poco más tranquilo, se fue a dar su discurso ayudado por el espíritu. Fue en ese momento cuando entendió que podía vivir entre dos mundos, y su trabajo iba a consistir en ayudar a la gente.

Los mayores superhéroes de la faz de la tierra

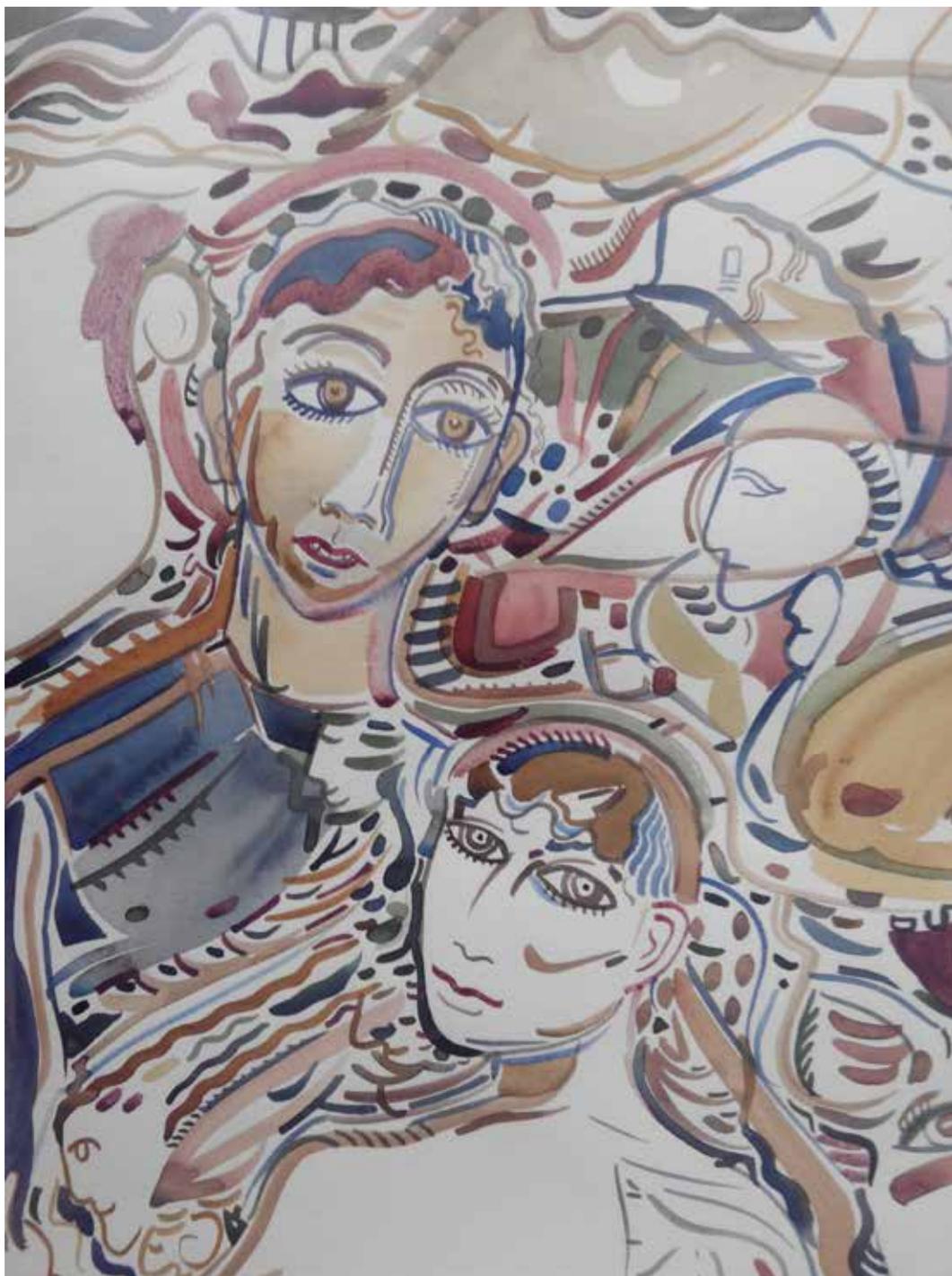


Ilustración: Jesús García

Los mayores superhéroes de la faz de la tierra

Geovana Gama Pelaes

Aula Hospitalaria del Hospital Santa Marcelina de Tucca-Brasil

Hola, gente. Hoy he venido a contar un poco de mi historia para ustedes. El día que cambió mi vida, fue el día en que recibí la noticia de que estaba con linfoma.

Todo comenzó cuando viajé. Hace ya tres días que yo estaba con mucha fiebre, ahí mi tía resolvió llevarme al médico. Yo fui, y la doctora pidió muchos exámenes, que hice, pero no dio nada, pero yo seguía con mucha fiebre y dolor en el cuerpo. Pasaron unos días, volví a casa y aún con fiebre. Entonces mi madre me llevó al médico, hice más exámenes y, de nuevo, no dio nada.

Mi tía conocía a una médica que frecuentaba nuestra casa, ahí marcamos una consulta con ella, pasó exámenes de nuevo y yo los hice. Cuando regresé, ella dijo que yo estaba con una infección en la sangre, solo que no sabía de dónde venía; dijo que tenía que hacer más exámenes para averiguar dónde estaba la infección.

El otro día, mi tía habló a mi madre para llevarme al Hemoap, un hospital público. Mi madre no creía que era un hospital público, y entonces ella dijo:

–Vamos a intentarlo.

Marcamos una consulta, y yo fui. La médica me pidió varios exámenes y los hice. En el regreso, la médica dijo que yo necesitaba estar internada para hacer unos exámenes más específicos y así fue, me fui internada e hice muchos exámenes. En el segundo día, la médica dijo que necesitaba ir a São Paulo. Mi madre lloró mucho, pero yo todavía no sabía lo que yo tenía. Mi madre no tenía coraje de decir, ella todavía me estaba preparando, pero una amiga de mi abuela ya tuvo un nieto que tenía leucemia. Ahí, esa amiga de mi abuela mandó un mensaje a ella diciendo que el nieto de ella ya había tenido esa enfermedad, que tiene cura. Más allá, mi abuela mandó este mensaje en el grupo de la familia y yo lo vi.

Hasta entonces, yo no sabía lo que yo tenía y le dije a mi madre:

—Madre, ¿qué enfermedad me oculta la señora? ¡Me habla algo ahora! ¿Qué tengo?

Fue ahí donde mi madre me contó lo que yo tenía. Yo lloré bastante cuando me dijo que iba a tener que hacer quimioterapia, pero ustedes deben estar pensando que lloré porque estaba enferma. ¡Jajaja...! Pero no es eso, lloré por mi pelo, sí, por mi pelo. Me quedé diecisiete días internada allí hasta venir a São Paulo.

Cuando llegué fui al GRAACC, allí tomé 340 ml de agua de mi pulmón y 138 ml de mi corazón. He sido una niña con mucha suerte, porque el médico dijo que yo podría haber tenido un infarto. Pasé dos semanas allá, y vine al Santa Marcelina.

En el Santa Marcelina conocí a los mayores superhéroes de la faz de la tierra, el equipo de Oncología. Cuando llegué, hice una biopsia para confirmar el linfoma y realmente fue confirmado. Al día siguiente ya empecé la quimio. En la semana del 27 de septiembre de 2017 voy a hacer mi última quimio. ¡Estoy muy feliz! Un beso, fue bueno escribir sobre mí para contarles.

CATEGORÍA C

(De 14 a 17 años)

El verdadero poder está en querer



Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

GANADOR CATEGORÍA C

El verdadero poder está en querer

María López Soria

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia
Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía

Hace poco me preguntaron quién era mi héroe favorito. Todos mis amigos decían típicos superhéroes de cómics, pero yo fui más allá, no quería que mi héroe fuera algo tan simple y con tantos estereotipos. Tenía claro que mi verdadero héroe era Martina, mi hermana; ella era la verdadera heroína que todos deberían admirar, y no lo digo porque sea mi hermana, sino por todo lo que lucha cada día al levantarse, y, sobre todo, con la fuerza y ganas con que lo hace todo.

A Martina le diagnosticaron Síndrome de Down, cuando aún estaba en el vientre de mi madre. Aunque al principio mis padres se pusieron un poco tristes, no les importó la enfermedad, porque estaban seguros de que su bebé iba a ser maravilloso y, aunque fuera un poco especial, nunca la dejarían de querer. Por eso, decidieron seguir adelante y seguir luchando.

Cuando ella nació yo tenía cuatro años, y como yo ya era todo un chico mayor, quería cuidar de mi hermana a todas horas; y,

así, ayudaba un poco a mamá, que no dormía casi nada, porque la verdad es que Martina al principio era muy llorona y no le gustaba nada dormir por las noches.

Nunca olvidaré la primera vez que la vi, parecía una persona mayor de lo arrugadita que estaba, pero, aun así, me pareció el bebé más guapo del mundo, y también porque, claro, como ella era mi hermana, tenía que ser muy guapa, como todos decían que lo era yo cuando era un bebé. Le di la mano, y con esas manitas tan pequeñas, que parecían casi de juguete, me agarró un dedo con mucha fuerza, y no me soltó en varios minutos.

La enfermera me dijo que eso significaba que le había caído bien, y me fui a casa muy contento, porque tenía el presentimiento de que íbamos a ser los mejores hermanos que existen.

Todos decían que Martina era un bebé especial y no era como los demás, y yo creo que ella era un bebé superlisto, porque con un año empezó a ir a un colegio para niños que eran tan especiales como ella. Allí le enseñaron cómo tenía que hablar, sobre todo su dicción, cómo hacer algunas cosas. Martina aprendía un poquito más despacio, pero yo siempre le decía que cada niño tiene su ritmo de aprendizaje.

Cuando Martina empezó a ir al mismo colegio que yo, algunos niños me decían que mi hermana era rara y tonta. Aquello me molestaba muchísimo, porque yo sabía que Martina era mucho más lista de lo que pensaban, pero mamá siempre me decía que pelear no merecía la pena, y menos con tonterías que yo sabía que eran mentira.

A veces, Martina se ponía muy triste, sentía mucha impotencia porque tener síndrome de Down no te deja hacer lo que quieres.

Había ocasiones que por muchas veces que repitiera o gritara algo que nos quería decir, dentro de ella, había algo que no la dejaba expresarse correctamente para que la pudiéramos entender. A veces, su propio cuerpo parecía no entenderla, cuando quería hablar o coger algún juguete, no la dejaba.

Los niños que son especiales como Martina, sienten impotencia al ver que todos pueden y ellos no, que cuando quieres abrazar a tu madre, tu cuerpo no reacciona como quieres y, sin querer, le das un empujón. Cuando me di cuenta de todo esto, admiré todavía más a estas personas, porque a pesar de que a veces se sienten confundidos y tristes, nunca se rinden, y cada día quieren aprender algo nuevo para superarse, pero lo hacen con una sonrisa, lo que todavía me impresiona más. En su interior, tienen un monstruito que no les deja hacer lo que quieren, pero ellos son fuertes, y algún día derrotaran a ese monstruo que no les deja hacer lo que quieren.

En el colegio, los enseñan a que, poco a poco, su cuerpo se vaya adaptando a lo que su mente les manda hacer, porque, al fin y al cabo, son personas igual que nosotros y pueden hacer todo lo que se propongan.

A Martina le encanta hacer cosas con los niños de su clase porque ellos la quieren y ayudan mucho, porque se hace querer. Ella es tan amable y cariñosa, siempre te regala una sonrisa, esa sonrisa que al verla te parece tan tierna.

Muchas tardes, vienen a jugar a casa y merendamos todos juntos mientras jugamos a las familias (por supuesto, yo siempre soy el papá porque soy el más mayor de todos).

Hay gente que dice que Martina es diferente, pero yo no me lo creo, puede que a veces no dibuje tan bien como otros niños, o se

confunda con las palabras al hablar, pero Martina tiene muchas otras cualidades, es una gran experta en hacer tartas y galletas con mamá. En vestirse cada mañana y combinar perfectamente su ropa por colores e ir perfectamente combinada. Prepararse el desayuno ella sola cada mañana y siempre me gana a las cartas, pero lo mejor de Martina es que tiene un superpoder, y no uno cualquiera, tiene el mejor de todos y es que Martina puede hacerte reír pase lo que pase.

Aunque estés triste y sin ganas de hacer nada, ella se acerca a ti y te sonrío como nunca nadie te ha sonreído y, de repente, sientes que vuelves a tener energía y fuerzas para hacer todo lo que te propongan. Entender su superpoder me ayudó mucho, porque me di cuenta de que puedes lograr todo lo que te propongas, y no importa cómo seas, de dónde vengas, lo importante es levantarse cada día y seguir luchando por lo que quieres.

Cuando Martina pasó a niveles superiores en el colegio, le pusieron un plan de estudio personalizado, a mí al principio me sonaba a chino y no entendía que le iban a hacer, pero mis padres me explicaron que Martina iba a recibir ayuda para poder estudiar al mismo nivel que los demás, porque aunque le costara un poquito más, ella tenía mucha fuerza y capacidad, y podría conseguirlo sin problemas.

Después de que me dijeran esto, decidí ayudarla a estudiar, porque aparte de pasar más tiempo con ella, me encantaba ver cómo, cada día, se esforzaba más por aprender cosas nuevas, eso hacía que me sintiera muy orgulloso de ella.

Mientras le enseñé cosas, nos lo pasamos muy bien porque cuando se concentra mucho, saca la lengua y pone una cara que me hace mucha gracia y, cuando terminamos de estudiar, nos tomamos una piruleta, cada día de un sabor. Martina, dependiendo

del sabor de la piruleta, nos da besos de sabores; mi favorito es el de fresa, como el de mamá, pero el favorito de papá son los de chocolate, cuando comemos bombones.

Sin Martina, nada tendría sentido, sería nuestra vida tan diferente... ¿Quién me daría besos con sabor a fresa y jugaría conmigo a los piratas y las princesas? La casa estaría muy vacía, sería muy aburrida sin sus dibujos repartidos por toda la casa y su risa. Porque su sonrisa la hace especial, peculiar, ella te observa, te mira con esos ojos tan brillantes llenos de inocencia que la hacen única. Pero, lo más importante, es que sin ella no tendría un superhéroe de verdad, porque ella me ha enseñado que no importa si te caes, lo importante es levantarse y que todos somos iguales, y puedes conseguir lo que te propongas.

Por eso sé que la próxima vez que me pregunten quien es mi superhéroe preferido, no dudaré un segundo en decir que es Martina, mi hermana, y todas aquellas personas con síndrome de Down que cada día luchan por seguir adelante con una sonrisa.

Todos tenemos nuestra buena estrella.

Todos somos especiales.

Todos hemos nacido capaces.

El truco es descubrir para qué somos capaces.

Martina nació para hacer feliz a nuestra familia y a la gente que la rodea.

Todos tenemos héroes... ¿Sabes cuál es el tuyo?

«Ella»



Ilustración: Elena Sol

«Ella»

María Pilar Martínez Muñoz

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario del Perpetuo Socorro

Había oído hablar de «ella», a veces bien, a veces mal, alguna gente decía que te ayuda y otra que te intoxica, pero nunca había tenido trato con ella. La juzgué sin conocerla, la rechacé por miedo a que me intoxicara, por miedo a que me destrozara.

Venía a mí muy de vez en cuando, me decía que la dejara quedarse conmigo, que ella me ayudaría a vencer al supervillano que tanto me atormentaba, que me iba a apoyar y motivar para conseguir eso con lo que tanto soñaba. Me hacía sentir especial, pero algo en mí decía que no, que ella no era buena influencia, que no me iba a traer nada bueno, más bien todo lo contrario.

Llegó el momento que se volvió más insistente, estaba ahí casi todo el tiempo, con esa labia, esas palabras que se quedaban impregnadas en mi cabeza y no las podía sacar. Se metió en mí y empecé a darme cuenta de que quizá no era tan tóxica. Fui consciente de que lo único que quería era ayudarme, aconsejarme para derrotar a ese malvado que tantos años me tenía hundida. Me replanteé muchas cosas y decidí darle una oportunidad, aceptarla e incluirla en mí, en mi vida.

«Ella» era una chica aparentemente normal, podía pasar desapercibida como también destacar entre cientos o miles de personas. Era de estatura normal, con una constitución delgada, demasiado, diría yo, pero tampoco me disgustaba, sino todo lo contrario. Sus ojos eran grandes, marrones y bastante expresivos, pero también muy hundidos, casi tanto como sus ojeras. Le colgaba hasta la cintura un largo cabello rubio y lacio, un poco estropeado y con las puntas abiertas, pero casi ni se notaba. Siempre vestía de negro o algún tipo de color oscuro, ella me decía que vistiendo así se sentía segura.

No tenía muchos amigos, pero los que tenía eran de verdad, me los presentó por redes sociales y algún que otro blog en el que nos unía a todos los que teníamos que luchar contra el villano, y entre todos nos apoyábamos y aconsejábamos, siempre con la ayuda de «ella», que era la que nos unía. Pronto se convirtieron en mis amigos, mis únicos amigos, ya que ellos me hicieron darme cuenta de que los amigos que tenía eran tóxicos, que eran cómplices de eso que tanto daño me causaba y que lo único que harían sería llevarme más hacia él.

Y así lo hice, me empecé a alejar de mis «amigos», no quería que me lastimaran, ni ellos, ni mi familia, ni nadie. Me centré en esta nueva gente y dejé a todos los demás. Eran los únicos que siempre iban a estar ahí, motivándome a seguir, los que nunca me harían daño, por lo que solo hablaba con ellos.

Todos los días estaba deseando llegar del instituto o cualquier otro sitio para meterme en la habitación y contarles qué tal mi día. Ella siempre me escuchaba, me daba fuerzas para seguir, para no abandonar, me hacía sentir fuerte, querida, que yo podía con todo, y parecía que me hacía feliz.

Ella me contaba sus hazañas, como había conseguido vencer al supervillano que me estaba atacando y no me dejaba vivir. Me decía que si seguía sus pasos, iba a conseguir derrotarlo del todo y ganar al fin. Empecé a seguir sus consejos, todos los días, ella estaba conmigo las veinticuatro horas, sin descanso.

Al principio, todo fue bastante bien, comencé a ver resultados, resultados que me gustaban, más bien me encantaban. Por fin empezaba a sonreír, a ser feliz. Tenía una euforia dentro que me daban ganas de gritar a los cuatro vientos lo contenta que estaba, contar a todo el mundo a quién había conocido, pero no podía, ella me lo impedía. Me decía que la ocultara, que ni se me pasase por la cabeza hablarle de ella a nadie, ni escribirlo en ningún sitio, que la tuviera en la sombra. Me contó que ya le había pasado anteriormente, que sus amigos hablaron de ella a algunos cómplices del villano, sin ellos saberlo, y acabó todo mal, los separaron y nunca más se volvieron a ver.

Solo de pensarlo se me estremeció el cuerpo y me empezaron a dar escalofríos. ¡Cómo iba a estar yo sin ella!, la que tanto me estaba ayudando a vencer, a ganar, a cambiar. Era casi inimaginable, por lo que todo quedó oculto, invisible, como si nada ni nadie estuviera. Me metí en un mundo totalmente paralelo al que tenía antes, abrí los ojos y todo lo veía desde otra perspectiva.

Mi «familia» y «amigos» empezaron a ver mis actos, a notar mis cambios, hasta que, poco a poco, descubrieron que ella estaba conmigo. Fue un golpe duro, sobre todo para mi madre, darse cuenta que no iba a caer en las garras del villano que tanto le gustaba. Recuerdo verla con los ojos llorosos de la frustración de saber que «ella» iba ganando, que estaba muy dentro de mí, mientras me intentaba convencer de que no era buena, que me

estaba destrozando, tanto por dentro como por fuera, pero yo seguía en mí, no me dejé embaucar por mi madre ni por todos los otros que me repetían siempre la misma historia. Yo siempre lo negaba, negaba que ella estuviera conmigo, que no me pasaba nada con el villano, pero nadie me creía.

Mi familia ya no sabía qué hacer conmigo, se dieron cuenta de que ellos solos no podían separarme de «ella», que estaba demasiado pegada a mí, por lo que decidieron pedir ayuda.

Descubrieron un sitio especializado en hacerla desaparecer, al que yo me negué rotundamente a ir, ya que yo no la quería perder, quería que siguiese conmigo, ayudándome a derrotar al malvado que tan poco me faltaba para hundirlo. Pero por mucho que yo me negara, acabé yendo. Obligada, pero fui. Antes de salir, estuve hablando con ella y me dijo unas pautas y consejos para hacer y decir cuando llegara, ya que en ocasiones le había ocurrido lo mismo, y así lo hice.

Llegamos a una especie de cueva secreta de varias plantas, llena de gente con batas en su interior. Nos dirigimos al ascensor, hasta la segunda planta, donde nos esperaba una mujer que iba a hablar con nosotros. Yo seguí sus consejos pero, aun así, esa mujer me dijo que me iba a quedar con ella un tiempo, que iba a ayudarme. Me quedé sorprendida, yo no necesitaba ayuda, «ella» me hacía bien y no entendía por qué querían alejarla de mí.

Al principio fue bastante duro, no comprendía nada, y allí eran muy estrictos en todo, y lo único que quería era volver a casa. Pero, con el paso del tiempo, comencé a cambiar de opinión, a abrir los ojos y esta vez de verdad. Me di cuenta que «ella» había llegado a mí y había arrasado con todo. Me había hecho tener creencias falsas, me hizo creer que mi familia y amigos iban en

mi contra, que me querían hacer daño, e hizo que los sustituyera por otros a los que también tenía atrapados en esto y que inconscientemente me dañaban. Fui capaz de entender que «ella» era la villana realmente, la que de verdad me hundió la vida. Pero, a pesar de mi consciencia, yo no quería deshacerme de ella. Pasaban los días y nunca encontraba la valentía suficiente para dejarla ir; en el fondo sabía perfectamente que no quería que se fuera, aunque fuera por mal camino, yo quería realmente derrotar a ese supuesto villano a pesar de todas las consecuencias que había traído. Me daba totalmente igual lo que toda esa gente me decía, yo la necesitaba a ella y aunque había una parte de mí que decía que no, que la olvidara, no conseguía darle la suficiente fuerza a ese pensamiento y, sinceramente, a día de hoy tampoco lo consigo. Por lo que sigo aquí, intentando encontrar esa fuerza de voluntad que me falta y que es tan necesaria para darle el adiós definitivo.

El día en que la lámpara se apagó, pero aún quedaban velas



Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez

El día en que la lámpara se apagó, pero aún quedaban velas

Lucía Gómez García

Aula Hospitalaria del Colegio Público de Educación Especial

Gregorio Marañón de Madrid

«Llevamos diez días sin noticias de superhéroes. Las dudas se amontonan, ¿han sido raptados?, ¿nos han abandonado?, ¿cuál es la razón? Más información en el telediario de la noche, pasen buena tar...».

Apagó la televisión. Todos los días lo mismo: anunciaban que aún no había noticias de los superhéroes y luego prometían informarles de nuevo por la noche. Y así día tras día. La gente había perdido la esperanza de que volvieran. La ciudad, el país, el mundo estaba colapsado. La gente aguardaba en sus casas, esperando cualquier atisbo de algún superhéroe, el que fuera. Miró hacia la ventana. Nada, por supuesto. No sabía ni para qué lo intentaba. No eran superhéroes de máscara y capa con superpoderes, eran personas normales y corrientes, pero sin serlo. Eran líderes natos, que acompañaban a la gente entre la bruma que era su vida, y les daban esperanza y confianza. Eran personas que habían comprendido el sentido de su vida y ayudaban al resto, guiándolos en sus decisiones y acciones con la intención de que ellos también

comprendieran el sentido de su vida. No te obligaban a tener un trabajo, te ayudaban a elegir la manera de vida que más feliz te hiciera. No te exigían que encontraras el amor y formaras una familia, pero te ayudaban a entender que entre siete billones de personas en el mundo, tu alma gemela no iba a estar a cinco minutos. Esperanza y confianza. Pero hacía diez días que todos los superhéroes del mundo habían desaparecido. La bruma se hizo más espesa y la gente solo veía oscuridad. No había vehículos en la calle ni gente en los restaurantes, porque sin los superhéroes a la gente solo le quedaba nada. Vacío. Y el mundo siguió así, hasta que todas las estaciones pasaron y llegó de nuevo la primavera.

Cero señales de superhéroes.

Pero nuevos árboles y plantas volvieron a crecer. Y la gente empezó a tener curiosidad por el exterior, por los jóvenes tallos verdes y las coloridas y florecientes flores. Y por los cauces de los ríos que volvieron a llenarse y los animales que se acercaban a ellos. Y la gente salió a la calle. Al principio solo un poco. Volvían asustados a sus casas, aún notaban ese vacío. Poco a poco, cada vez más, la gente se desplazó. Viajaron a otras ciudades y a otros países y hablaron con gente de otros lugares y se dieron cuenta de que a todos les había ocurrido lo mismo, y que todos tenían aun resquicios de ese vacío que parecía querer arrastrarles, absorberles y nunca dejarles. Pero la gente luchó contra ello. Los colegios y universidades se abrieron, y la gente comenzó a encontrar su vocación sin ayuda. La gente empezó a comer, dormir y tomar decisiones sin nadie que les guiara. La gente comprendió que el sentido de la vida era vivirla, y que para ello no necesitaban un superhéroe que les guiara, porque habían encontrado la confianza y la esperanza en su interior. Y en ese momento todos

los superhéroes del mundo desaparecieron para siempre y nunca más la gente los volvió a ver, pero jamás olvidaron a aquellos que les guiaron por la niebla y creyeron en ellos cuando ellos mismos no lo hacían.

Y desde entonces, la gente se convirtió en su propio superhéroe.

Pepe el bondadoso



Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

Pepe el bondadoso

Lucas Guix Gómez

Aula Hospitalaria del Hospital Clínic de Barcelona

Pablo Cacique y José Rufián. Dos chulos, rivales de toda la vida. Solo mirándose surgen asperezas; hoy se pelean para saber quién es el más chulo del barrio.

–Yo soy muy guapo, las embarazo con la mirada.

–Yo soy muy fuerte, te mato con un dedo.

–Pues yo he embarazado a tu novia.

José, en un ataque de rabia, mata a Pablo con el dedo índice. Su mirada está nublada. Él siempre tuvo el apoyo de los demás, ahora solo es un asesino más. Lucía Furcía le reprocha que no está embarazada. ¿Cómo pudo creerse semejante estupidez?

José se queda solo, no tiene apoyo alguno. Aparece un niño de la calle, lo mira perplejo.

–Hola.

–¿Quién eres callejero?

–Soy Pepe Gentil, ¿Quieres un abrazo?

José estalla en lágrimas.

—Ahora no soy nada, no merezco tu cariño.

—Compadezco. Sé que estás arrepentido. ¿Quieres un abrazo?

El gentío va acercándose, no comprenden lo ocurrido. Iker Panza ni lo entiende ni lo acepta. Interviene:

—¡Pepe Callejero! ¿Cómo osas abrazarle?

—Está arrepentido, merece compasión.

El creciente murmullo silencia los llantos de José. El pueblo se divide, hay mucha discrepancia.

—¡Callaos! ¡Cerrad vuestras bocas! Soy el padre del difunto, he perdido mi único hijo. José, tú lo mataste. ¡Haré que te crucifiquen!

El padre de Pablo sacó su impotencia. Parecía que iba a explotar, mas Pepe se anticipó con otro abrazo. El padre ya no gritaba, estaba tranquilo. Se acerca a José:

—Como padre no lo olvido, como humano te perdono.

La gente no daba crédito; además de apaciguarle, Pepe había conseguido que cambiara de opinión, como si por arte de magia se tratase. Ya no era el callejero, sino el bondadoso.

—¡Llevémosle al emperador!

—¡Sí, y que aprenda del joven!

—¡Aprisa! No perdamos más tiempo.

Arropado y vitoreado, lo llevan al emperador. Le explican lo sucedido.

—¿Y decís que le ha perdonado? Yo también he perdonado la vida de muchos de vosotros, sucios esclavos. Nadie lamenta lo de mi esposa. ¡Os decapitaré uno a uno!

—Marta Presumida, murió por ser rata. ¡El pueblo no te apoya!

—Yo no te apoyo, pero lamento tu pérdida.

Dicho esto, Pepe da un tercer abrazo. El emperador se calma.

—Yo, Caius Malayus XV, abandono el poder y me someto al pueblo. Lamento mis hechos, estoy arrepentido.

El pueblo, asombrado, empieza a pelearse por conseguir un abrazo suyo. Su admiración les lleva a confrontarse.

—Callaos, Pepe quiere hablar.

—No os peleéis innecesariamente. Abrazaos entre vosotros, y disculparos por habeos hecho daño.

—Entre abrazos, el pueblo cambió de mentalidad, y agradecieron sus hechos comprándole una casa entre todos.

Inmortal



Ilustración: Asís Pazó

Inmortal

Arelis González Madrazo

Aula Hospitalaria del Colegio Público de Educación Especial

Gregorio Marañón de Madrid

El viento me azotaba en la cara, revolvió mi pelo, largo y del mismo color que las castañas que se compran en invierno en las esquinas de la ciudad. Sentía la hierba rozando mis pies descalzos, y movía los dedos para que las briznas se colaran entre mis dedos. El ambiente era húmedo, había llovido esa misma mañana, por eso quedaba en el aire ese olor a lluvia que tanto me gusta. El nudo que tenía en la garganta era como un océano embravecido que no tardó en desbordarse por mis ojos, formando pequeños surcos por mis mejillas, unos surcos que seguirían todas las lágrimas que caerían a continuación.

Me encontraba en lo alto de la colina, sentada bajo el roble que había plantado, mirando con tristeza el horizonte. A mi derecha estaba la ciudad, se erguían enormes rascacielos que se escondían entre las nubes, edificios grises por todas partes y miles de anuncios llamativos que hacían de la ciudad un caos, un mercado; las personas también parecían grises, eran como hormigas que iban de un lado a otro sin sentido ni fin. A mi izquierda, el gran y frondoso bosque que antes había se extinguía poco a poco, moría lentamente, sus secuoyas eran taladas con una facilidad

que me ponía los pelos de punta. Tan solo quedaba una decena en pie, pero pronto morirían para convertirse y fundirse con la melancólica y grisácea ciudad.

Las lágrimas no dejaban de caer, pues estaba presenciando la destrucción de un pequeño mundo verde en el que solía jugar cuando era pequeña, en el que miles de vidas se habían formado, en el que la naturaleza había seguido su curso durante millones de años... Y, ahora, los hombres destruíamos todo aquello y no conseguía entender por qué.

Comencé a descender lentamente de la colina, no sin antes transmitirle mis fuerzas a la naturaleza a través del joven roble, y me fui fundiendo al igual que el bosque con esa ciudad tan gris en la que el aire no era puro, en la que todo era tan artificial... Hasta los árboles que había en la ciudad eran artificiales, pues fueron colocados ahí para decorar, haciendo creer a sus ciudadanos que había naturaleza entre ellos, cuando no era así.

Sentía cómo mi héroe moría, y me dolía. ¿Cómo algo tan fuerte y tan duradero estaba siendo aniquilado por un villano tan insignificante a su lado? Los humanos mataban a la naturaleza. Mataban a mi héroe.

Iba sin rumbo por la calle, sin tan siquiera saber dónde acabaría, no dejaba de pensar en la vida que moría, en la vida que matábamos. Las piernas me empezaron a flaquear y me senté en un banco cercano, no podía más.

Sentada en el banco con los ojos vidriosos, dejé que los sentimientos fluyeran, acompañados de lágrimas que caían sobre el suelo adoquinado, y cuando miré hacía ese suelo, pude ver cómo en un hueco entre los adoquines había crecido un pequeño jar-

dín, con sus briznas y sus flores. Era como un pequeño bosque entre todos los adoquines. Comprendí entonces que mi superhéroe, la naturaleza, nunca sería derrotada, porque siempre encontrará un lugar donde revivir.

Y, por fin, sonreí.

Tengo un héroe



Ilustración: María Puentes, Isabel Cascante y Alba Rodríguez

Tengo un héroe

Manuel Abad Sánchez

Aula Hospitalaria del Colegio Público de Educación Especial

Gregorio Marañón de Madrid

¿Quién es mi héroe?

Yo. Amor. Amistad.

Yo tengo mi propio superhéroe. Puede que también sea el de otros, pero para mí es único. Irremplazable. Y, lo más importante, es mi mejor amigo. He de admitir que no es el mejor, en ocasiones me puede causar un gran mal. Pero no por eso va a dejar de ser mi superhéroe.

Voy a hablaros un poco sobre él. En cuanto a su aspecto, tiene muchas caras, cada una de ellas con una personalidad propia. Debido a eso, a veces me cuesta simpatizar con alguna de ellas. ¡Se podría decir incluso que algunas son totalmente opuestas a mí! Pero, como se suele decir, los opuestos se atraen.

No puedo afirmar, sin embargo, que no nos enfademos a veces, y entonces no tenga ganas de volverle a ver ni un pelo, pues, como todos los amigos, nos peleamos. Pero al final, siempre nos reconciliamos.

Tengo una gran confianza en él. Sé que puedo contar con su persona para lo que haga falta. Uno de los muchos poderes que

tiene, como todo superhéroe, es que puede transformar mi más profunda tristeza en la más sincera sonrisa. ¿No os parece un gran poder? para mí, es único.

En cuanto a su personalidad, tiene tantas como caras. Es generoso, inteligente, bondadoso, fiel... Aunque también puede ser egoísta, un poco bobo, mentiroso, y capaz de hacerme reír con pocas palabras y llorar con una sola. Estaréis pensando, entonces, ¿por qué es tu héroe? La respuesta es sencilla, porque me quiere, y al igual que él me quiere a mí, yo lo quiero a él.

¿Recordáis que antes os he hablado acerca de unos poderes, poderes que, como todos los superhéroes, posee? Ya os he hablado sobre su capacidad para hacerme feliz o infeliz con una gran facilidad. Otra de sus habilidades es que es capaz de unir a personas completamente diferentes, incluso opuestas, con gustos distintos, mentalidades contrarias...

En su compañía, te da una sensación de invencibilidad, fundada o no, pero real, y cuando te sientes invencible, eres capaz de hacer todo lo que te propongas. Un gran poder. También, otro que cabe mencionar, y uno de mis favoritos, es que puede hacerte invisible. ¡Increíble!, ¿verdad? Ahora bien, os preguntaréis, pero ¿cómo es eso? Y yo os respondo: pues que a veces no hace falta hacerse ver para estar.

La lista, como veréis, es larguísima. ¡Ah!, y algo muy, muy importante: tiene más fuerza cuanto más cuides de él.

Seguramente ya tendréis una idea de quién es mi superhéroe, ¿cierto? Perfecto, pues voy a aclararos las dudas.

Mi superhéroe son todos mis amigos. Gracias a ellos soy capaz de sentir y hacer cosas nuevas, impensables de realizar por

mi propia cuenta. Unos pueden hacerme reír a carcajadas una tarde entera. Otros, comparten conmigo consejos y experiencias. Otros, pueden hacerme compañía sin necesidad de intercambiar palabras y aún así hacerme sentir como en casa.

Para mí, mis amigos son mis preciados tesoros, pues, como dice la expresión, quien tiene un amigo, tiene un tesoro.

Luchando contra TOC



Ilustración: Patricia Uría Ocaña

Luchando contra TOC

Alba Botargues Julio

Aula Hospitalaria del Hospital Clínic de Barcelona

No me encuentro bien. Abro los ojos. Lo veo todo borroso. Cierro y vuelvo a abrir los ojos, pero todo sigue estando borroso. Veo a unas cuantas personas a mi alrededor. Una de ellas me dice:

—¿Está bien? TOC le ha ganado, le ha hecho mucho daño, hasta el punto que casi lo mata. Ahora está en la sala de urgencias del Hospital de Sant Pau. Somos médicos especializados en casos como el suyo. Somos traumatólogos. Lo dormiremos para tratar su problema y sus heridas.

El médico que hay a su lado me pincha con una jeringa que tiene una aguja muy larga, poco a poco todo se vuelve todavía más borroso y se me van cerrando los ojos. Finalmente, me duermo del todo.

Me levanto en una cama bastante incómoda. Todavía llevo mi vestido de superhéroe, pero la máscara me la han quitado. Esto me preocupa mucho, porque seguramente han descubierto mi identidad real y se la podrán dar a TOC. Por la puerta entra un médico con una bata que le va tres tallas grandes. Se acerca a mí y me dice:

—Hola, soy el doctor. Tengo una buena noticia para usted y una muy mala. No creo que se acuerde, pero cuando estaba luchando contra TOC, en el Hotel W de Barcelona, se cayó desde el tejado y cayó en la acera. La buena noticia es que aunque haya sido una caída de unos cien metros, gracias a sus superpoderes ha podido sobrevivir.

«Que buena noticia», pienso irónicamente. «Me podía haber muerto y así no tendría que pasarme el día salvando a gente». El doctor sigue hablando:

—La mala noticia es que no podrá caminar durante aproximadamente medio año y deberá estar durante todo este tiempo ingresado en el hospital.

«¡Madre mía! ¡Medio año! No podré soportar esto, ojalá me hubiera muerto en la caída, malditos superpoderes. ¿Por qué tuve que nacer con la maldita capacidad de volar?»:

—¿Usted me ayudará, doctor? No me noto las piernas. ¿Cómo voy a aprender a caminar? ¿Podré volver a volar? —pregunto, aunque realmente no me importa mucho, porque no quiero recuperar mi vida de superhéroe.

—Mis compañeros y yo vamos a ayudarle pero, como ya le he dicho, tardaremos bastante tiempo, así que será un proceso bastante largo. Ha sufrido una herida en la médula espinal, pero ya se la hemos curado.

—Gracias, doctor.

—Bueno, primero de todo, estará un mes en la cama, porque no queremos que la herida de la médula se abra. En el segundo mes intentaremos que mueva los dedos del pie. En el tercer mes intentaremos que mueva un poco las piernas. En el cuarto y en el

quinto mes intentaremos que haga movimientos bruscos y que se ponga de pie y, finalmente, en el sexto mes intentaremos que camine. Ese es el plan, así que váyase mentalizando.

El doctor se va y me deja solo en la habitación. De momento, solo he movido músculos de la cara, así que decido probar a mover otros. Empiezo por los dedos de la mano, primero muevo el pulgar y luego el índice. Finalmente los muevo todos. Me siento orgulloso de poder hacerlo.

Me acuerdo que uno de mis poderes era disparar rayos con la palma de la mano; lo intento, y me sale uno disparado hacia la puerta, la cual se parte por la mitad. Entra una enfermera, se queda flipando y me pregunta por qué he partido la puerta en dos. Como siempre, debido a la ansiedad social que sufro, no sé qué responder. Pensarás, ¿cómo puede ser que un superhéroe sufra ansiedad social o simplemente ansiedad? Pues resulta que yo de pequeño sufrí *bullying* porque era diferente a los otros. Sí, un superhéroe sufrió *bullying*. Impensable, ¿verdad? Bueno, pues a mí me pasó. Resulta que los superhéroes también somos personas en nuestro tiempo libre.

Después de esto, decido mover las piernas, aunque no las siento. Primero lo intento con la derecha, y lo consigo, y luego también lo consigo con la izquierda. Decido levantarme y, aunque me cueste mucho, me levanto. Lo que no sabe el doctor es que soy capaz de hacer que el tiempo vaya más rápido, así que los seis meses de recuperación hago que pasen volando.

Llamo a la enfermera y le pregunto dónde está mi máscara. Me dice que no lo sabe, pero que ahora mismo me la va a buscar. Al cabo de cinco minutos aparece con mi querida máscara roja. Me la pongo, abro la ventana y me voy volando.

Voy a mi casa y, una vez allí, planeo como atacar a TOC y acabar con él. Decido ir a su guarida, que se encuentra cerca del mar. Creo que podré acabar con él con mis tres mejores poderes, el de disparar rayos por las manos, el de hacerme invisible y el de desaparecer de un sitio para aparecer instantáneamente en otro.

Salgo de mi casa y, una vez estoy en la calle, empiezo a volar. Esto de volar es muy divertido, aunque sinceramente no sé por qué uso este superpoder, cuando podría teletransportarme. Llego a la guarida de TOC y la observo para entrar sigilosamente. Entro por la puerta de atrás, usando mi poder de invisibilidad. Veo que TOC está construyendo una bomba para destruir la ciudad. La cojo y una jaula me cae encima. Era una trampa, pero con mi poder de teletransportarme salgo de la jaula y me dirijo hacia TOC.

TOC me dispara una bala y yo, como si estuviese en la película Matrix, la esquivo. Eso sí, me despeino un poquito. Para defenderme, disparo dos rayos, uno a sus piernas y otro al brazo con el que sostiene el arma. Se le cae el arma al suelo y entonces me vuelvo a teletransportar y la cojo. Apunto a TOC y le digo:

—Nos conocemos desde hace mucho, me has estado molestando desde mi infancia. Es hora de acabar con nuestra relación.

Finalmente, le disparo en el pecho y TOC cae muerto al suelo. Al fin se ha acabado la larga lucha contra TOC. Espero que mi lucha sirva de ayuda a todos esos niños y adolescentes que están sufriendo luchando contra su propio TOC, ya sea una enfermedad física o psíquica, la pobreza, la desnutrición, etc. Aunque TOC me haya hecho sufrir, también he aprendido mucho sobre el mundo y sobre mí mismo.

He aprendido que pedir ayuda no significa que seas débil, al contrario, significa que eres fuerte. Por ejemplo, cuando estuve

enfermo, fui lo suficientemente fuerte para pedir ayuda para salvar la ciudad que estaba siendo atacada por TOC. También he aprendido que confiar en personas no es una cosa mala y, también, por mucho que cueste, se ha de confiar en uno mismo. En conclusión, por muchos superpoderes que se tengan, lo más importante en la vida es quererse a uno mismo.

CATEGORÍA E

(Alumnado con diversidad funcional)

Salmorejomán



Ilustración: Laura Cerdán Sandoval

GANADOR CATEGORÍA E

Salmorejomán

Mario Sagredo Fernández

Aula Hospitalaria del Colegio Público de Educación Especial
Gregorio Marañón de Madrid

En un día muy soleado se encontraron dos jóvenes. Uno de ellos se llamaba Alex, y la otra persona se llamaba Max. Estos dos tenían mucho calor. Había un puesto de helados. Max se levantó y le preguntó a su amigo:

—¿Te apetece que vaya a por un helado?

Alex le contestó:

—Claro, mira a ver si hay una copa de chocolate.

Max se fue al puesto y le preguntó al señor de los helados:

—¿Tiene una copa de chocolate?

El heladero le dijo que sí, le dio el helado y preguntó:

—Y dime, joven, ¿cuál quieres tú?

Max le dijo que quería uno de fresa. El heladero le dio ambos helados y les sonrió mientras decía con una voz profunda:

—Esto será lo último que probaréis, jajajaja.

Con un poco de miedo, Max cogió los helados y regresó con su amigo. Ambos tomaron sus helados, pero algo raro pasaba. La

boca se les secaba y tenían más calor. La persona del puesto se empezó a reír y dijo:

—Habéis caído en mi trampa, jajajaja. Mis helados producen malestar general, jajajaja.

De pronto, una silueta se vio a los lejos y decía con eco: «Salmorejitoooooo...». Y apareció una persona que tenía una «S» dibujada en su camiseta. Era alto, tenía una voz algo grave. Esa persona se llamaba Salmorejomán, el defensor del salmorejo. Salmorejomán fue corriendo al puesto de helados donde se hallaba el vendedor de helados y le dijo:

—Don Corneto, estás acabado. Se acabaron tus fechorías.

Salmorejomán sacó de su cinturón un tubo de goma de donde salía salmorejo. Ese tubo era una manguera de color rojo. Salmorejoman venció a don Corneto. Después de vencerle, le dio a ambos niños un cuenco de salmorejo y les dijo:

—Tomad, niños, rico salmorejo. Es muy sano y fresquito, mejor que el helado.

Los niños cogieron su cuenco de salmorejo y se lo bebieron. Max y Alex dijeron muy contentos:

—Gracias, Salmorejomán. Gracias por ayudarnos.

Salmorejomán sacó de su bolsillo una lata que al abrirla salía un humo de color naranja, como el color del salmorejo. Se esfumó. Los niños estaban agradecidos con él por su ayuda. Cuando ambos se levantaron para irse, vieron una tarjeta que ponía: «Hola, chicos, os invito a ir a mi guarida, está en Alerde». Ambos decidieron ir a Alerde. Tras ir a ese lugar vieron a Salmorejomán. Salmorejoman les vio y les dijo:

—Hola, chicos. Gracias por venir; os voy a enseñar mi guarida, ya que ambos sois los elegidos para una misión secreta.

Max le preguntó:

—¿Qué misión secreta tenemos que hacer?

Salmorejomán respondió:

—La misión secreta es que tenemos que ir a la guarida del enemigo y derrotarle, ya que quiere eliminar todo el salmorejo del mundo.

Alex le pregunto a Salmorejomán:

—¿Cómo se llama el enemigo?

Salmorejomán contestó:

—Don Corneto, el de los helados. Vamos, no tenemos mucho tiempo, poneos los trajes.

Alex le contestó:

—¿Qué trajes tenemos que ponernos?

Salmorejomán le contestó:

—Esos trajes de ahí.

Ambos niños se fueron corriendo a ponérselos. Al ponérselos obtuvieron poderes mágicos. Alex era Gazpachomán y Max era Tomatemán. Después de ponerse los trajes, Salmorejomán les acompañó a una sala donde había una tele enorme. En esa tele mostraba un mapa del lugar donde estaría don Corneto. Los tres se fueron a ese lugar. En ese lugar vieron a don Corneto poniendo coordenadas en una máquina que él mismo había creado. La misión era fácil, solo tenían que romper esa máquina y capturar a don Corneto. Alex era algo impulsivo y quería hacerlo rápido

y, sin querer, corrió hacia don Corneto, pero este se dio cuenta y le puso esposas, usándolo como rehén. Don Corneto les dijo a Salmorejomán y su compañero:

—Salid de una vez, tengo a vuestro amigo, jajajaja. Si no salís, él morirá.

Ambos salieron, pero Salmorejomán saco un spray donde tenía salmorejo. Le roció en la cara a don Corneto y Alex escapó.

Los ojos de don Corneto le picaban, ya que le había entrado salmorejo. Don Corneto no veía bien y, cuando se iba a caer, Salmorejomán y Gazpachomán apresaron a don Corneto, y Tomatemán rompió la máquina. De la máquina salía muchísimo humo y fuego. Todos huyeron. Tras abandonar el edificio, este explotó y don Corneto le dijo a Salmorejomán:

—¿Por qué me has salvado la vida? Somos enemigos y no amigos.

Salmorejomán se rió y le contestó:

—Vas a ir a la cárcel.

Don Corneto lloraba suplicando piedad, pero fue inútil ya que Salmorejomán lo llevo a la cárcel. Tras llevárselo, les dijo a ambos niños:

—Gracias por vuestra ayuda. Nos veremos. Cuidaos mucho y que viva el salmorejo y el gazpacho. Pon un salmorejo en tu vida. Adiós.

Salmorejomán se fue. Entonces, Max escuchó una voz que le decía:

—Vamos, a levantarse.

Tras decir esto, se despertó. Y se dio cuenta de que era un sueño y de que se había puesto a dormir, ya que tenía un empacho de salmorejo de campeonato.

Fara, un chico estupendo



Ilustración: Miguel Alemán

Fara, un chico estupendo

Saliff Cisse

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Érase una vez un chico llamado Fara. Este chico era muy inteligente y tenía un poder llamado «su futuro», porque soñaba con el futuro. Un día, Fara soñó que los extraterrestres le habían regalado una nave espacial. Esta nave espacial tenía un gran poder; podía cumplir todos los sueños.

Una mañana, la mamá de Fara se levantó gritando: «¡Ahhh, he soñado que estaba enferma!». Ella no sabía que tenía superpoderes. Fara, preocupado, entró en el sueño de la madre y comenzó a cambiarlo para que no se cumpliera. Al día siguiente, le preguntó a su madre: «Mamá, ¿has tenido el mismo sueño?». Su madre le contestó que no.

Fara tenía un amigo, Ball, que también tenía un poder psicológico (ayudar a la familia). Ball iba habitualmente a ayudar a los niños que estaban ingresados. Un día, de repente, se encontró a una madre llorando en el pasillo, y le preguntó: «Señora, ¿por qué está llorando?». La señora le contestó: «Eres muy pequeño para saber lo que me sucede». Ball, pensativo, contestó: «Los pequeños pueden

solucionar problemas que no pueden arreglar los mayores». La señora, sorprendida: «Eso es verdad. Mi hijo está enfermo; mañana lo operan del corazón y por eso me ves así de preocupada. No sé si podrá seguir con su vida o en un futuro, se morirá...». Ball, con la cara desencajada, expresó: «Si sigues llorando así, no se va a poder recuperar nunca; porque le transmites tristeza. Lo que debes hacer es pedirle a Dios que la operación sea todo un éxito. Si sigues llorando, vas a enfermar». «Gracias, hijo, pero estoy muy preocupada», dijo la señora. Se hizo una pausa, y Ball dijo: «Estoy seguro de que todo estará bien». La señora, más calmada, comentó: «Por favor, reza para que mi hijo se cure». «No te preocupes, ponte feliz y todo saldrá bien», dijo Ball.

Finalmente, Ball pasó por todas las habitaciones, saludando a los niños que estaban enfermos. Y, colorín, colorando, este cuento se ha acabado.

XI Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Murcia, 28 de Febrero de 2018.

Se hace pública la composición del jurado del XI Certamen Internacional de Relatos

“En mi verso soy libre”.

Presidenta: Dña. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Dña Juana M^a Sánchez García

Vocales: D. Luis Francisco Martínez Conesa

Dña. Elena Ladrón de Guevara Mellado

Dña. Lary León Molina

D. Alonso Palacios Rozalén

Dña. Marisa López Soria

Dña. Pilar Carrasco Lluch

D. José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido 150 relatos, procedentes de 26 Aulas Hospitalarias de las Comunidades Autónomas de Andalucía, Castilla y León, Cataluña, Castilla la Mancha, Islas Canarias, Galicia, Madrid, Murcia, Comunidad Foral de Navarra, Principado de Asturias y dos de ellos de procedencia internacional, Brasil.

Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por mayoría absoluta otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A** (de 6 a 9 años) al relato “La supercocalina”
- **Premio para la Categoría B** (de 10 a 13 años) al relato “Florecer”
- **Premio para la Categoría C** (de 14 a 17 años) al relato “El verdadero poder está en querer”
- **Premio para la Categoría E** (alumnado con diversidad funcional) al relato “Salmorejomán”

A su vez el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros diecinueve relatos que serán publicados, junto con los cuatro ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2018”.

En esta ocasión, los participantes tenían que escribir sobre el tema de los “Superhéroes”. Por eso, las páginas de los relatos recibidos estaban llenas de poderes mágicos, de ciento cincuenta héroes fantásticos que resolvían toda clase de problemas, de malvados y crueles villanos... Hemos encontrado objetos poderosos que convertían a los héroes en invisibles; fantásticos caramelos sanadores, pistolas curativas, fuerzas imponentes que lograban vencer a microbios y virus; o que dominaban los incendios; o que hacían brotar de nuevo las plantas y la vida en bosques contaminados. Los superhéroes son las personas que nos quieren, las que logran superar situaciones complicadas, los amigos, los profesores, los médicos... ¡Todos podemos ser superhéroes!

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el XI Certamen Internacional de Relatos 2018 “En mi verso soy libre”

ANDALUCÍA:

Hospital Universitario Virgen Macarena de Sevilla.

CASTILLA-LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete.

Hospital de Hellín.

Hospital de Día Infanto Juvenil de Alabacete.

Hospital Complejo Hospitalario Ntra. Sr.^a del Perpetuo Socorro de Albacete.

Hospital General Universitario de Ciudad Real.

Hospital Universitario de Guadalajara.

CASTILLA Y LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid.

Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid.

Hospital Infanto Juvenil de Valladolid.

Hospital Clínico Universitario de Salamanca.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Unidad de Pedagogía Hospitalaria Clínica Universitaria de Navarra.

GALICIA

Hospital Clínico Universitario de Santiago.

ISLAS CANARIAS

Hospital Universitario Materno Infantil Las Palmas de Gran Canarias.

MADRID

Hospital Universitario Fundación Alcorcón. Madrid.

Hospital Universitario de Fuenlabrada. Madrid.

Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid.

Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid.

Hospital Universitario de Getafe. Madrid

PRINCIPADO DE ASTURIAS

Hospital Universitario Central de Asturias.

REGIÓN DE MURCIA

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia.

Hospital General Universitario Morales Meseguer de Murcia.

Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia.

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena.

BRASIL

Hospitalar Tucua de Sao Paulo.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del XI Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2018



**Santiago García
Cremades**

Publicaciones recientes de la Consejería de Educación, Juventud y Deportes

www.educarm.es/publicaciones

- Pequeños pintores en acción: Joan Miró, Pablo Picasso, Salvador Dalí, Wassily Kandinsky / Soledad Caravaca Iñiesta.
- Disfemia: guía de apoyo / Ana María Millán Carrasco.
- Proyecto lector para el aula de Primaria: creamos y descubrimos / Soraya Cobarro Vélez.
- Educación en valores a partir del análisis de situaciones conflictivas / María Dolores Poveda Martínez.
- Método de lectura. ¡Escucha como suena! / Susana Franco Chumillas y Soledad Martínez Andreu.
- Haikus espejo. Recurso didáctico interdisciplinar / Emilia Morote Peñalver, José Juan García Box, Francisco Miguel Lucas Fernández.
- Proyecto para mejorar los usos tecnológicos en el contexto educativo y social durante la Educación Secundaria / Joaquín Fernández Bravo.
- Propuesta de intervención con alumnado disléxico a través de una herramienta multimedia / Jorge Postigo García.
- Formación profesional: guía del profesor de educación a distancia. Dolores Cano Gil.
- Conocemos las aves de la Región de Murcia: proyecto para Educación Infantil / Belén Pérez Vidal.
- La magia de las palabras con Gloria Fuertes / Ana Fernández-Rufete Navarro y María Fernández-Rufete Navarro.

XI Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

Este libro reúne los relatos seleccionados en el XI Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, organizado por el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia-España. (Dependiente de la Consejería de Educación, Juventud y Deportes). Cada uno de ellos está magníficamente ilustrado. Se trata de un proyecto que va más allá de unas meras actividades de animación a la lectura y escritura. Va dirigido a desarrollar en los niños y ado-

lescentes en situación de enfermedad, sus capacidades creativas y literarias, aprovechando el poder terapéutico que la lectura y la escritura puede ejercer en situaciones adversas.

Los relatos de este año versan sobre “LOS SUPERHÉROES”, esas personas capaces de superar situaciones complicadas... ¡Todos podemos ser superhéroes! Para ello, necesitamos los poderes mágicos, héroes fantásticos e incluso malvados y crueles villanos que los alumnos han plasmado en los relatos de este libro.

